

NO ERAN DE ESTE MUNDO

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

NO ERAN DE ESTE MUNDO

Título Original: *No Eran De Este Mundo*

Colección: La Conquista Del Espacio 637
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.71

CAPÍTULO I

EL teléfono resonó cuando el sargento McDonald se encontraba —casualmente— en los lavabos de la comisaría.

McDonald no pudo acudir inmediatamente al cuerpo de guardia, evidentemente, pero oyó el timbrazo del teléfono y volvió rápidamente a su puesto.

Se dejó caer sobre su silla giratoria y elevó inmediatamente el auricular del aparato.

—Comisaría de Longbridge. Dígame.

—Eggg… In partibus… Vade retro, Antonius… Huss —murmuró alguien a través del hilo telefónico.

—¿Quéeee? —gruñó el policía, al tiempo que enarcaba expresivamente la ceja izquierda.

Inmediatamente, escuchó el clic que anunciaba la interrupción de la comunicación.

De nada valió que el magnífico McDonald gritase repetidamente:

—¡Eh, eh, oiga! ¿No puede expresarse en algún idioma inteligible?

Porque al otro lado habían colgado ya.

El sargento colgó también, aunque lentamente.

—¿In partibus, vade retro, Antonius? ¿Qué diablos significa todo eso? —gruñó, rascándose furiosamente la cabeza bajo la gorra de su uniforme.

Estaba garabateando algo en su bloc de notas cuando llegó el inspector Slesar.

Frank Slesar, un joven y atlético policía de aspecto despistado, saludó a McDonald con un distraído «Hola, Fred», giró a la izquierda y desapareció en su despacho.

Media hora más tarde, el teléfono de comisaría volvió a sonar con insistencia.

McDonald dejó su cigarrillo en un sucísimo cenicero de cobre y atendió la llamada.

—¡Oiga, oiga! ¿Es la comisaría? —preguntó una inquieta voz de mujer.

«Mujer casada, con hijos, un poquito gorda», pensó McDonald, que tenía una gran experiencia en adivinar el aspecto físico de sus comunicantes a través de sus voces.

Pero dijo:

—En efecto, ésta es la comisarla. Dígame, señora. Le habla el sargento McDonald.

—¡Jesús, sargento! Aquí hay un hombre desangrándose. Tiene una horrible herida en el costado y la acera está llena de sangre. Yo… yo venía a telefonear a mi marido, que tiene el turno de noche en *Dickson Electronics Corporation* y me acompañaba mi hijita Millie, de ocho años, pero me he visto obligada a… ¡oh, Dios mío!

McDonald se inmutó.

—¿Le ocurre algo, señora? ¿Se siente bien? —preguntó solícito, al mismo tiempo que los dedos de su mano derecha acariciaban la tecla del interfono correspondiente al inspector Slesar. (En aquel momento todavía no estaba seguro si valdría la pena molestar a Frank, que se había pasado la mañana investigando un crimen pasional en el barrio de Berricks.)

—Me siento medianamente bien, sargento McDonald. Y le confieso que oír su voz a través del teléfono me trae un poco de seguridad —McDonald hinchó el pecho, complacido—. Porque, créame, éste es un caso horrible, desproporcionado, fuera de toda lógica y absolutamente lejos de lo normal…

—Señora, estaba usted diciéndome algo acerca de su hijita Millie… —interrumpió el sargento a la comunicante.

—¡Tiene razón, sargento McDonald! Le decía que cuando vi al hombre tendido junto a la cabina telefónica…

—¿Así pues, me habla desde una cabina? —McDonald anotó en su bloc de notas.

—En efecto, sargento. Sólo quería decir a Alfie, (mi esposo, ¿sabe?), que mañana encontrará el desayuno dispuesto en la cocina, pues tengo que acudir temprano a la consulta del ginecólogo y, naturalmente, yo…

—¿Quiere decirme su nombre? —la cortó el policía sin excesivos

remordimientos de conciencia.

—¡Oh, sí, sí! Soy la señora Yelena Curtís. Yelena, con i griega, ¿lo ha anotado bien?

—Perfectamente. ¿Su domicilio?

—Simpson Row, 63. Y como le decía…

—El hombre que usted ha visto, ¿está muerto?

—Creo que ahora sí. Cuando me acerqué a la cabina llevando de la mano a Millie… ¿Va a dejar que me explique, sargento McDonald? —resonó impaciente, la voz de la mujer—. Como le decía, llevaba a Millie de la mano cuando vi al hombre caído. La mitad del cuerpo estaba dentro de la cabina y las piernas fuera. Dejé a Millie a unos pasos de distancia, porque sospeché que iba a encontrar algo poco apto para los ojos de una niña tan sensible como mi pequeña Millie. Pues bien, sargento, cuando me acerqué, oí a este hombre hablar en un idioma extraño y exótico. Le confieso que yo no sé mucho de idiomas, aparte del inglés, pero lo que ese hombre chapurreaba era algo semejante a lo que oí alguna vez en las películas de romanos. ¿Se acuerda, sargento? Una cosa parecida a «*¡Ave, Caesar, morituri te salutant!*».

A McDonald se le encendieron unas lucecitas en sus ojos azules.

Acababa de coger onda. El idioma en el que se había expresado su desconocido comunicante era el… «*Morituri te salutant*»… ¡el latín!

Anotó la palabra «latín» en su libreta de notas y siguió atendiendo la interminable verborrea de la señora Curtis, Yelena, con i griega, claro.

—…si podía ayudarlo, pero hizo un gesto muy raro y quedó inmóvil, sargento. No es nada extraño, porque hay un gran charco de sangre bajo su cuerpo. De modo, que me dije: «Yelly, tienes que llamar a la policía.» Además, la verdad, me urgía llamar a Alfie para decirle…

—Muy bien, señora Curtís —se apresuró a adelantarse McDonald—. ¿Tiene inconveniente en esperar ahí a nuestro coche-patrulla? Le prometo que podrá llamar a su esposo desde comisaría.

—Naturalmente, sargento. Soy una ciudadana consciente. A Betty, siempre le digo que si todos fuéramos…

—Perfectamente. Dígame, ¿dónde se encuentra esa cabina telefónica?

—Gandary, esquina a Simpson. Por favor, sargento, no tarden. Tengo que decirle a Alfie que…

—Descuide, descuide. No se mueva de ahí. La recogerán en unos minutos —dijo el policía, y ya se disponía a colgar, cuando nuevamente resonó la voz de Yelena Curtis.

—Y… ¡ah, sargento McDonald! Se me olvidaba decirle algo que me ha llamado particularmente la atención.

—Diga, señora Curtis —pronunció el policía con toda la paciencia del mundo.

—El hombre que yace a mis pies… Bien, no viste como una persona normal.

—¿Qué quiere decir?

—Que lleva una ropa poco usual. Como si…

—¿…acabara de salir de un baile de disfraces?

—¡Exactamente! Calza unas a modo de sandalias muy burdas, lleva las piernas ocultas tras unas vendas o… tiras de telas, ya me entiende. Veo también una tela de saco muy tosca, que le llega desde las rodillas a la garganta y… ¡oh!

—¿Qué, señora Curtis?

—¡Se ha movido! Ha sido como… como un estremecimiento. ¡Jesús!

—¿Sí, señora Curtis?

—Millie se ha puesto a llorar ahora. Naturalmente, está asustada. Yo, hablando y hablando con usted y ella a diez metros de distancia.

—Creo que iba a decir algo más, señora Curtis.

—¡Sí, Dios me asista! Este hombre que está tendido a mis pies se ha movido, ha dejado escapar un suspiro ahogado y su… su herida ha sangrado nuevamente. Pero ahora está inmóvil, terriblemente inmóvil. Yo diría que está muerto y…

—No se mueva de ahí, señora Curtis. En seguida la recogerán —suplicó McDonald,

Y pulsó el botón del dictáfono que correspondía al inspector Frank Slesar.

—Frank, lo siento en el alma, pero tienes que ir a Gandary esquina a Simpson Row. Una señora Curtis acaba de avisar que hay un hombre muerto en una cabina telefónica. Lo sé, lo sé, pobre compañero, pero el servicio es así. Bien, envío a la ambulancia y paso el aviso al juzgado. Cuando vuelvas te tendré preparado un café muy cargado…

CAPÍTULO II

EL individuo debía medir algo más de un metro y noventa centímetros, según calculó Frank Slesar, que fumaba un cigarrillo tras otro para mantenerse despierto.

El doctor Holdman estaba inclinado sobre el muerto y le examinaba con gran interés.

A cada momento, Holdman pronunciaba entre dientes:

—Curioso, decididamente curioso.

Muy cerca, Terry Thomas, el representante judicial, bostezaba abiertamente. Para él, que había acudido a centenares de levantamientos de cadáveres, aquel momento sólo suponía un acto judicial más dentro de la rutina.

Pero Slesar se sentía muy impresionado. No porque fuera la primera vez que veía a un hombre muerto violentamente, sino porque este muerto le parecía *diferente*.

En primer lugar estaba su estatura, un tanto fuera de lo corriente. El muerto, por otra parte, era un hombre muy robusto y fibroso. Un individuo dotado de un esqueleto ancho y pesado. No parecía viejo, a pesar de lo cual sus cabellos recortados a tijera a la altura de los hombros eran uniformemente canos. O mejor dicho, del color de la plata bruñida.

Otro detalle que llamó poderosamente la atención del joven policía fue la blancura de la piel (los brazos estaban desnudos desde el hombro). El brazo era musculoso y sin embargo la piel carecía de pigmentación.

—Parece un albino —se sorprendió cavilando.

Y luego estaban las ropas, tan fuera de lugar —parecían prendas

verdaderamente antiguas—. Una especie de sayal de arpillera burda, color esparto, que le llegaba desde el hombro hasta por debajo de la cintura. Y unas fuertes tiras de ¿Algodón, lino, dril? de color marrón liadas a las fuertes piernas, desde el tobillo hasta el muslo. Y las sandalias, que parecían más propias del siglo X o XII que del XX.

El doctor Holdman seguía murmurando a intervalos:

—Curioso, verdaderamente curioso.

Y Thomas bostezaba a más y mejor, expulsando al aire frío de la noche bocanadas de vapor blanquecino.

Slesar se impacientó:

—¿Qué es lo curioso, doctor? —se atrevió a pronunciar con la inconsciencia y la frivolidad propias de un policía de *sólo* veintiocho años de edad.

Holdman ni siquiera se molestó en contestarle. Siguió palpando el cadáver aquí y allá e incluso tomó una muestra de a sangre coagulada en un pico de su blanco pañuelo, que exhalaba un mareante aroma a jazmines.

Pero Slesar no se molestó.

Aunque era joven, estaba acostumbrado a las rarezas propias de los científicos como el famoso doctor Holdman, médico forense y patólogo acreditado.

En el fondo, si Slesar sabía poco acerca de aquel pobre diablo (un «pobre diablo» de casi dos metros de estatura, eso sí), Holdman seguramente sabía todavía menos.

Porque el policía había sido el primero en llegar. Incluso había dispuesto de diez minutos para interrogar a la señora Yelena Curtis —que, junto con su hijita, aguardaba pacientemente en el interior del auto-patrulla— y llegar a saber algunos pormenores que el sargento McDonald le había adelantado en apenas sesenta segundos de charla.

Sabía que el hombre que acaparaba la curiosidad científica del forense se había expresado en latín, aunque desde luego Slesar no podía explicarse tal extravagancia.

Y el joven inspector sabía algo más: que el desconocido tendido sobre las cuadradas baldosas ranuradas no llevaba ninguna ropa bajo la rústica vestimenta que podía verse a simple vista manchada de sangre.

Y no sólo eso: tampoco llevaba documentos de ninguna clase. Slesar le había cacheado rápidamente, aunque con todo respeto, en cuanto llegó a la cabina situada en el cruce de Gandary Street con la solitaria Simpson Row.

«El buen hombre debía volver de una fiesta —pensaba Slesar, mientras Holdman continuaba farfullando "curioso, muy curioso"—. Quizá habla bebido un poco más de la cuenta y cruzó la calzada sin mirar…»

Se volvió bruscamente de espaldas y descubrió un frenazo de unos dos metros de longitud sobre el pavimento adoquinado de la calzada.

—Vaya, vaya —pronunció verbalmente.

Se apartó de la acera y cruzó la calzada con precaución. Aunque no existía ningún peligro. Los semáforos seguían guiñando rítmicamente entre la bruma, pero no se divisaba ningún vehículo en las proximidades, excepción hecha del coche de la policía y la ambulancia, y el «Morris» de Terry Thomas (que necesitaba una buena mano de pintura, a juzgar por sus desconchones).

La huella de los neumáticos era de unos quince centímetros de ancho por dos y pico de largo y era tan reciente que cuando Frank se agachó y la palpó con sus dedos, pequeñas, diminutas partículas de caucho negro quedaron adheridas a sus yemas.

Descubrió unas gotas de sangre, apenas unas chispitas, sobre los adoquines, a la izquierda del trazo negruzco de la frenada.

Las gotitas menudas de sangre iban aumentando de diámetro a medida que el rastro se aproximaba a la acera de la derecha y a la cabina telefónica.

«Debió ser un furgón —pensó Frank. Y se guiaba por la estrechez de la frenada—. El vehículo le atropelló y se dio a la fuga. El pobre hombre logró levantarse del suelo y caminar hacia la cabina. No se arrastró, pues en ese caso el rastro de sangre sería más o menos continuo.»

Anotó aquellos datos en su memoria —Frank Slesar jamás tomaba notas en la clásica libretita de tapas negras— y volvió pausadamente a la acera donde el doctor Holdman, imperturbable, seguía examinando el cadáver del «pobre diablo».

—Le atropelló un vehículo, según calculo —decía en ese momento el forense. Y Frank sonrió irónicamente.

—¿Sí, doctor? —murmuró Terry Thomas, absolutamente indiferente.

—Digo que le atropelló un automóvil, una furgoneta de una tonelada, según imagino —la voz de Holdman tenía una vibración que significaba impaciencia. El médico se volvió a mirar al inspector Slesar, pero éste permanecía de espaldas, sin prestar atención —al menos aparentemente— a sus declaraciones *ex catedra*.

—Muy interesante —murmuró el representante judicial, con el

mismo interés que hubiera dicho: «Me da igual solo o con leche.»

—Debió ser un tremendo golpe —hablaba Holdman, impaciente—. Tiene rotas casi todas las costillas del hemitórax derecho. He palpado esquirlas bajo la piel y al presionar la espalda he oído un silbido peculiar, como cuando hay hemorragias internas y los pulmones están inundados de sangre…

«Evidentemente, Holdman puede llegar a ser repugnante», pensó Frank Slesar, que cambió rápidamente una fugaz mirada de reojo con Thomas. Si Frank sabía interpretar un gesto, el representante del juez estaba perfectamente de acuerdo con él en cuanto a lo repelentemente que podía explicarse el forense.

En aquel momento, a Slesar se le ocurrió una idea singular.

Esta:

—Si este pobre diablo no llevaba nada encima, si sus ropas ni siquiera tienen bolsillos, ¿dónde llevaba las monedas necesarias para efectuar una llamada a la comisaria?

Alguien le tocó bruscamente en el hombro. Frank se volvió de un respingo.

—¿Me oye, inspector Bressar? —gritaba el forense.

—Slesar, señor.

—Le preguntaba si encontró algunas monedas en el suelo, aquí, o dentro de la cabina, pero es evidente que usted no me escuchaba —pronunció Holdman, rencoroso y altivo.

—¿Monedas? —disimuló Frank—, ¿Por qué motivo?

—¡Monedas! Esas piececitas metálicas que sirven para adquirir cosas y, de paso, para llamar por teléfono. Según me explicó usted cuando llegué aquí, este hombre llamó a comisaría. Para ello, evidentemente, necesitaba monedas.

«Llegas tarde, como siempre, Cicerón», se burló Slesar mentalmente. Pero se apresuró a decir a Holdman que no habla visto ninguna moneda y que, en cualquier caso, no veía cómo este detalle podía ayudar a un famoso médico forense a establecer las causas de la muerte del «pobre diablo», el arma, etcétera, etcétera, oyendo lo cual Holdman palideció, pero verdaderamente el médico forense se merecía la respuesta que acababa de darle Frank, pues era proverbial su afán de inmiscuirse en funciones que sólo competían a la policía.

Finalmente, el doctor Holdman no vio forma más airosa de salir de su desairada posición, que dar un grito a los de la ambulancia y autorizar que se llevasen el cadáver, siempre que el «honorable

representante judicial» (Terry Thomas, allí presente) no tuviese ningún inconveniente.

Thomas, que no profesaba ninguna simpatía al forense, se limitó a reproducir uno de sus expresivos bostezos. Asintió con un leve movimiento de cabeza.

Tras lo cual, los mozos sanitarios trajeron la camilla, pusieron en ella al larguísimo accidentado y lo llevaron a la ambulancia. La luz destellante del vehículo funcionó en seguida y la ambulancia se marchó.

Frank esperó un poco, mientras Holdman, sin despedirse, detenía un taxi en Gandary Street.

Terry Thomas se aproximó en cuanto se alejó el médico y gruñó:

—El viejo matasanos va acusando el paso de los años, Frank, y hay que disculparle. Por cierto, ¿has visto esa huella de un frenazo?

—Le he echado un vistazo. Quizá vuelva más tarde con el fotógrafo y hagamos unas fotos. Es posible que resulte interesante. ¿Te marchas ya, Terry?

—¿Queda algo que hacer aquí?

—Yo estoy esperando a los servicios de limpieza. No está bien dejar un charco de sangre como ése —señaló la mancha oscura junto a la cabina telefónica—. Me marcharé inmediatamente.

—Muy bien, Frank. Buenas noches —murmuró Thomas, eternamente taciturno.

Slesar respondió a su saludo, se aproximó al coche-patrulla donde esperaban la señora Curtis, su hijita y el conductor de la policía, dijo:

—Sólo unos minutos, señora Curtis.

Y volvió cerca de la cabina.

Rodeó la cabina telefónica, echó un vistazo distraído a su interior y paseó, sin prisas, a lo largo de la acera.

Luego llegó un furgón del servicio municipal de limpieza, que frenó en las proximidades de la cabina, bajaron tres hombres que sacaron una larga manguera y unas escobas de crin.

Frank habló unas palabras con ellos y los hombres enchufaron su manguera en una boca de riego próxima. En seguida, el chorro de agua fría barrió los coágulos de sangre hasta la calzada y de allí los escobones barrieron el rojo líquido hasta la alcantarilla más cercana.

—Hay unas manchas de sangre en la cabina —dijo el policía al encargado.

El hombre mojó un trapo en el chorro de agua y caminó pesadamente hacia la cabina. A tres metros de distancia, el joven

inspector Slesar le vio pasar un paño húmedo por el cristal y agacharse luego, súbitamente.

Abrió la puerta y preguntó:

—¿Qué es lo que ha encontrado?

El hombre enrojeció y mostró la pequeña moneda de plata.

—Estaba ahí, casi oculta por el bisel metálico. Creí que alguien la habría perdido y… Tómela. Mi mujer colecciona monedas raras, ¿sabe?

Slesar la tomó.

Era una rara moneda, justamente del tamaño de los chelines. Pero no era de níquel como éstos, sino de plata brillante, aunque el relieve, tanto el anverso como del reverso, estaban muy gastados. Tan gastados, que a simple vista, Frank no fue capaz de establecer la nacionalidad de aquella moneda.

—Se la daría con gusto —dijo al hombre de la limpieza—, pero puede resultar interesante para la investigación, ¿comprende?

El otro asintió con una cabezada, Slesar le dio las gracias por haber acudido con tanta premura y se despidió de él.

La señora Curtís empezó a parlotear en cuanto el inspector subió al coche-patrulla. Su hijita —¿no se llamaba Millie?— se había dormido sobre su regazo, pero la mujer hablaba y hablaba sin cesar.

Desde luego, Slesar no le prestaba la menor atención.

Estaba pensando en el extraño individuo que una ambulancia se llevaba a gran velocidad hacia la Morgue. Y también en aquella pequeña moneda que acababa de guardar cuidadosamente en un bolsillo de su chaqueta.

En quince minutos, el coche les dejó en comisaría. La señora Curtis seguía hablando como un disco rayado.

Entraron en comisaría y cruzaron ante el cuerpo de guardia. Frank sólo pensaba anotar los datos de Yelena Curtis, hacerle firmar una sucinta declaración y dejarla marchar.

Ah, bueno, antes tendría que dejarla hablar por teléfono; parecía inevitable.

Pero en el cuerpo de guardia había alguien junto al sargento McDonald. Era un hombre de baja estatura, fornido, que vestía uno de esos vulgares anoraks de color verde oliva y vuelta naranja eléctrico, que tan de moda están últimamente. Aquel hombre tenía el aspecto del conductor de una furgoneta y parecía muy nervioso.

—Es Sam O'Hara, inspector Slesar —dijo McDonald, que jamás le tuteaba sino en la intimidad—. Dice que atropelló a un raro individuo

en la confluencia de Gandary con Simpson. Acaba de declarar que en principio pensaba darse a la fuga, pero que cuando se serenó decidió que no había motivos, puesto que él no era responsable del atropello. ¿Quiere interrogarle, inspector?

Frank miró con interés a O'Hara. Entre la mujer que tenía a su lado y el silencioso, aunque inquieto conductor, prefería con mucho a este último.

—Atienda a la señora Curtís, sargento —pidió el inspector con voz amable—. Venga conmigo, O'Hara.

CAPÍTULO III

EL conductor aceptó, agradecido, la taza de café negro que Slesar le ofrecía. Bebió unos sorbos sin molestarse en disimular su satisfacción y pidió permiso para encender un cigarrillo, que le fue concedido.

—Les vi salir de la cloaca —declaró O'Hara.

—¿Cóoomo? —gruñó Slesar, a punto de atragantarse.

—Digo que les vi salir de la cloaca —repitió pacientemente el conductor—. Hay una tapa de alcantarilla muy cerca del cruce de Gandary con Simpson Row, ¿sabe?

Slesar asintió vivamente.

—Siga, siga. Eso es interesante.

—Yo había frenado mi furgón ante el semáforo situado a unos cincuenta metros. Apenas había tráfico de vehículos y no vi a ningún transeúnte en las inmediaciones —explicó Sam O'Hara—. Y allí, parado ante el semáforo en rojo, les vi brotar de las cloacas.

—¿Les vio? ¿Cuántos eran?

—Diez o doce, no tuve tiempo para contarlos. Uno se atrancó en la boca de la alcantarilla, pues llevaba una coraza de bronce.

Slesar palideció.

—¿Se burla de mí, O'Hara? ¿O quizá ha bebido más de la cuenta? —preguntó irritado, pero sin alterar el tono monocorde de su voz.

—Le juro que no he bebido una gota desde ayer, inspector. Además, estoy demasiado asustado para pensar en bromas. Le juro que…

—Bien, bien, siga hablando.

O'Hara dio unas nerviosas chupadas a su cigarrillo.

—Pues bien, todos vestían de forma ¿cómo podría explicárselo, inspector? De forma estrafalaria, eso es.

—¿Como los personajes de las películas de romanos? —sugirió Frank Slesar.

Las facciones del conductor se animaron.

—¡Eso es! Como comparsas de una película de romanos. Sayales muy toscos, sandalias burdas, incluso corazas y yelmos de bronce… Así es como vestían esos extraños individuos.

—Dijo usted antes que uno de ellos quedó encajado en la boca de la alcantarilla.

—Eso dije, inspector, y ésa es la verdad. Fue un momento muy ridículo, absurdo, irreal —describió O'Hara, con la risa bailándole en los labios—. Los otros habían salido ya de las cloacas, pero aquél se quedó atorado y hacía desesperados esfuerzos para escapar de allí. Los otros se habían detenido al escuchar el tintineo metálico que producía la coraza de bronce al chocar contra el acero de hierro de la alcantarillas y…

—Sus camaradas volvieron sobre sus pasos y le ayudaron a salir del atolladero —insinuó el policía.

—¡Sí, justamente! Le agarraron por los brazos y tiraron con brío hasta que el que hacía de soldado romano escapó de la trampa y salió a la superficie y cayó dando tumbos sobre los adoquines —declaró Sam O'Hara.

—Ha dicho «el que hacía de soldado romano» —observó Slesar, pensativo—. ¿Por qué cree que aquel individuo interpretaba el papel de soldado romano?

Sam se rascó furiosamente el cogote.

—Hombre, ¿qué otra cosa podía pensarse? Cuando vi la estrafalaria vestimenta de aquellos hombres, mi primer pensamiento fue: «Están rodando una película.»

—Pero no había tal película —comentó el inspector Slesar.

—Me di cuenta en seguida. No había focos, ni cables, ni cámaras, ni un director dando sus órdenes a grito pelado, que es lo clásico —se explicó el conductor.

Slesar terminó su café y O'Hara hizo otro tanto.

—Bien, continúe —pidió el policía.

—Pues… Cuando me di cuenta, el semáforo estaba en verde ya. Aunque sentía una curiosidad enorme por la tropilla de individuos, yo debía continuar hacia el almacén, de modo que arranqué y seguí adelante.

—¿Qué hacían en ese momento los de la comparsa teatral?

—Se comportaban de modo extraño. No caminaban por la acera, sino por la parte derecha —dijo O'Hara, rememorando su estupefacción de aquellos momentos—. Es decir, a la derecha de la calzada. Formaban un grupo grotesco, vestidos de aquella guisa, volviéndose a cada momento, de una forma caótica y desordenada. Era… como si jamás hubieran visto una ciudad como Parrington.

—Como si fueran campesinos…

—No, exactamente. Como si fueran extranjeros y extrañaran el ambiente que les rodeaba —O'Hara describió un movimiento expresivo con su mano derecha—. Llegué a pensar que… no eran de este mundo.

Slesar dejó escapar una risita extemporánea.

—¿Quiere decir que pensó que eran… alienígenas…, seres extraterrestres? —preguntó con todo el escepticismo del mundo.

Sam se rascó la barbilla: el ruido que produjo con aquel frotamiento evidenciaba que necesitaba un afeitado a fondo, pues tenía una barba muy cerrada y oscura.

—¡Eso! —estalló—. Hubo un momento en que pensé… ¡que no eran seres de este planeta, de esta época que nos ha tocado vivir!

Frank Slesar se tomó un tiempo para reflexionar.

Dudaba entre varias posibilidades: encerrar a O'Hara por desacato a la autoridad, retenerlo —a la espera de la decisión del juez— o, simplemente, enviarlo a hacer puñetas.

Había otro camino: proponer que Sam O'Hara fuera ingresado en un manicomio.

—¿Puedo tomar una copa de brandy? —preguntó el conductor, entretanto.

Slesar frunció los labios en un gesto de suprema indignación. Pero, luego, pulsó el botón que habían instalado recientemente en su mesa y un minuto después llegó el policía Holliweelly, al que el inspector encargó sucintamente:

—Traiga un par de copas de brandy.

Slesar removía en su cerebro elementos muy contradictorios. Estaba pensando, por ejemplo, que podía trasladarle el maldito embrollo al coronel Lorne Harribad —militar jubilado y actual jefe de policía de la ciudad de Parrington.

Mientras cavilaba sobre la oportunidad de cargarle el mochuelo a Harribad —siempre tan petulante, endiosado y perezoso—, llegó Holliweelly con una bandeja en la que se agitaban peligrosamente dos copas de brandy.

Dejó que Sam tomara la suya, puso la bandeja sobre la mesa y despidió a Holliweelly con un ademán distraído.

Luego tornó su atención al hombrecillo bajo y robusto que saboreaba con fruición su copa de brandy.

—Está bien: sigamos —propuso—. ¿Cómo se produjo el accidente?

O'Hara se atragantó.

—¿Cómo? ¡Tenía que ocurrir y ocurrió, simplemente! —barbotó, regando de chispitas de licor la mesa del inspector Slesar—. Ya le he dicho que caminaban desmandados, por el borde de la calzada. Cuando el furgón se acercó a ellos yo me aparté cuanto pude de la tropilla, pero aquellos individuos lanzaron gritos asustados y se desparramaron en todas direcciones. Y uno de ellos se metió materialmente bajo las ruedas del furgón…

—¿Cree que voy a creerme eso, Sam? —le interrumpió el policía, exasperado.

O'Hara parpadeó.

—Eso fue lo *que sucedió*, inspector —aseguró el hombrecillo con acento de sinceridad—. Le juro que no pude impedir el accidente. Fue… fue como si atravesara un rebaño de cabras locas: cada cual huyó en una dirección, desordenadamente. Y aquel pobre diablo se volvió y… Bueno, creo que quedó aplastado bajo las ruedas.

Se bebió de un trago lo que quedaba de brandy en su copa y miró fijamente a Frank Slesar.

—Me asusté entonces, lo confieso, apreté el acelerador y hui. Fue una reacción… instintiva, ¿comprende, inspector? La reacción propia de un conductor asalariado que vive siempre con la amenaza de las multas y las sanciones sobre su cabeza. Después reflexioné y comprendí que la responsabilidad no era mía, sino de aquellos extravagantes individuos. Y la prueba de que digo la verdad es que estoy aquí —añadió.

Slesar asintió vagamente con la cabeza.

Luego tomó una máquina de escribir, tecleó sin gran maestría durante media hora redactando el informe para el coronel Harribad y, terminado el trabajo, hizo firmar a Sam O'Hara y le dejó marchar libremente.

Hacia las once de la noche, Frank volvió a su casa. Su madre, la viuda señora Slesar, le aguardaba preocupada.

—Vas a enfermar, Frankie —le amonestó cariñosamente—. ¡Tanto trabajar y trabajar…!

Frank la besó con su habitual actitud distraída y se metió en el

cuarto de aseo, se dio una ducha templada, se puso un batín un tanto ajado y se sentó a ver un rato la televisión.

La señora Slesar le puso una bandeja en la mesa y Frank fue despachando su cena de forma estrictamente mecánica. Miraba la pantalla de la televisión, pero no veía. Sólo pensaba.

Magda Slesar se había sentado a su lado y tricotaba un jersey con magistral habilidad, pues sus dedos se movían rápidamente sin necesidad de que los ojos ordenaran la labor de punto. Dividía su atención entre el televisor y su hijo, el cual seguía masticando activamente, pero sin gozar conscientemente de la cena.

—Creo que es hora de que te cases, hijo —susurró la madre, de repente.

Frank alzó la mirada y murmuró:

—Hum…

Pero no hizo ningún otro comentario.

—Por cierto —insistió su madre—, ha vuelto a llamarte esa chica, la hija del coronel Harribad. Me refiero a Claire.

Slesar se animó súbitamente.

—Claro que te refieres a Claire, mamá. El coronel sólo tiene una hija: Claire —puntualizó. Y preguntó: ¿Qué quería esa empingorotada jovencita?

—Información sobre no sé qué incidente sucedido a primeras horas de la noche en el cruce de Gandary Street con Simpson Row —explicó la señora Slesar—. Parecía muy interesada en hablar contigo.

Frank detuvo el tenedor en el aire.

Se sentía íntimamente sorprendido. Que la hermosa pero presuntuosa hija de Harribad hubiera descendido a llamar al inspector Slesar era un acontecimiento desusado. En realidad, Frank le tenía muchas ganas a la guapa Claire Harribad, pero ella jamás había demostrado el menor interés hacía él.

Era lógico: la hija se parecía al padre. Educada en Londres, protegida desde la infancia como una planta de invernadero, rodeada de mimos, de cuidados y de lujos, no era extraño que Claire se convirtiera en una joven altanera y antipática. Esta no era sólo la opinión ele Frank Slesar: en Parrington, la gente de la calle pensaba lo mismo.

—¿Adónde vas? —exclamó la señora Slesar, viendo como su hijo arrojaba la servilleta sobre la mesa y se incorporaba de un brinco.

Frank se detuvo en seco cuando se dirigía al teléfono.

«He estado a punto de cometer una estupidez —pensó, volviendo

dócilmente a la mesa—. ¿Por qué había de llamar a miss Harribad? Si tanto interés tiene en *chafardear*, que venga a visitarme a mi casa.»

—Claire dijo que llamarla más tarde a la comisaría —comentó la señora Slesar—. Y que si no lograba establecer contacto telefónico contigo, tal vez se acercaría a casa.

Frank se incorporó por segunda vez.

—¿Qué has dicho, mamá?

—Has oído muy bien, Frankie. He dicho que la señorita Harribad apuntó la posibilidad de venir a casa para entrevistarse contigo.

Frank tembló imperceptiblemente.

Y en aquel momento sonó el timbre de la puerta.

Slesar palideció. Luego, en una reacción típica en él, se arrancó la servilleta del cuello, se enjugó apresuradamente los labios, recompuso su peinado y… corrió hacia su dormitorio para vestirse de forma adecuada.

Mientras introducía las piernas en los pantalones, el timbre de la puerta volvió a sonar.

CAPÍTULO IV

ERA preciosa, distinguida, elegante.

Cabellos oscuros en una melena corta y brillante, rostro bronceado, ojos azules tono mediterráneo, nariz perfecta, labios bien dibujados, pómulos finos, mentón voluntarioso, pequeñas orejas parcialmente ocultas bajo los cabellos; un traje sastre color azul oscuro, finos zapatos de ante del mismo color: ésa era Claire Harribad.

«Lástima que haya tanta soberbia y prepotencia en una mujer tan bella», pensó Frank, mientras la señora Slesar ofrecía un asiento a la hija del coronel Harribad.

Frank se sentía un poco nervioso, aunque habitualmente pecase de tranquilo, incluso de flemático. Y era la presencia, tan próxima, de Claire Harribad lo que provocaba su inquietud y nerviosismo; su inseguridad.

—Frank estaba terminando de cenar, señorita Harribad —decía Magda Slesar, sin impresionarse lo más mínimo—. Supongo que usted habrá cenado ya. ¿Le apetece una copa de jerez, de licor, un poco de té?

Una leve sonrisa distendió los hermosos labios de Claire.

—Un poco de licor, gracias —dijo con sencillez.

El inspector Slesar parpadeó, desconcertado. Pues, ¿desde cuándo se comportaba la señorita Harribad con tanta sencillez y amabilidad? Había imaginado que ella plegaría los labios en un rictus de soberbia y desprecio, denegando la invitación de la señora Slesar, pero la reacción de la hija del coronel Harribad se había producido de forma espontánea y natural: «Un poco de licor, gracias.»

Y ahora estaba llevándose a los rojos labios el contenido de una fina copa de cristal tallado que Magda acababa de servir sobre una pequeña bandeja de metal esmaltado.

—Delicioso, señora Slesar —alabó, sonriente—. Sencillamente delicioso.

Frank encendió un cigarrillo para disimular su nerviosismo. Chupó ávidamente y exhaló una bocanada de humo que sirvió para establecer una especie de cortina azulada entre él y la bella hija del coronel Harribad.

—Bien, señorita Harribad —logró pronunciar sin que sus labios temblaran—. ¿Cuál es el motivo de su visita?

Claire rio con risa cantarina.

—Pero, oh, Frank, no es preciso que nos tratemos con tantos formalismos —exclamó, divertida—. El coronel llamó esta noche a comisaría. Le dijeron que había ocurrido un accidente en Gandary Street. Un raro accidente, según palabras del sargento McDonald. Pues bien, yo estaba presente y pude escuchar los comentarios de mi padre. Me sentí excitada inmediatamente, pues me apasiona todo lo enigmático y fuera de lo normal. No sé si sabrán algo de mis aficiones literarias… No, ¿verdad? Pues bien: he publicado ya algunos relatos de misterio en varias revistas de Londres, Nueva York y París y ello me ha animado a seguir adelante. Papá nunca quiere hablar de sus asuntos profesionales, así que tampoco he logrado que me explicase con detalles lo sucedido en Gandary Street. Sin embargo, he llegado a la conclusión de que existen circunstancias fuera de lo normal en la muerte de ese individuo gigantesco vestido con ropas antiguas. Ese es el motivo por el que he venido a visitarle. Naturalmente, entiendo que usted, Frank, no está obligado a confiarme sucesos relacionados con su trabajo.

Frank dejó escapar un suspiro.

«Es una delicia, una verdadera delicia —pensaba, mirando a Claire a través de la neblina azul del cigarrillo—. ¿Cómo ha podido cambiar así, qué milagro habrá ocurrido para que la altanera Claire Harribad se haya convertido, finalmente, en un ser humano, en una deliciosa mujer?»

Claire debió adivinar sus pensamientos, porque dijo:

—Comprendo su sorpresa, Frank. Hasta hace unos meses no comprendí que debía adoptar mi propia personalidad, y no la puritana, estricta y engolada en la que me educaron. Pero todo eso quedó atrás y finalmente decidí que yo debía mostrarme tal cual soy. Es decir: franca, sencilla y humana, aunque, eso sí, tremendamente curiosa y ávida por desentrañar hasta el final todo aquello que atrae mi atención.

Slesar carraspeó. De repente, recordó que no había ofrecido cigarrillos a su visitante, así que se levantó de su silla y trajo una

cigarrera tallada en preciosa madera de ébano, que abrió y ofreció a Claire.

—Gracias —ella tomó un cigarrillo con un además rápido y esperó a que el hombre le ofreciera la llama de su mechero.

La señora Slesar los contemplaba a ambos con curiosidad, interés y… comprensión.

—¿Un poco más de licor, querida? —preguntó a la joven. Y ésta asintió complacida,

—Reconozco que soy una audaz entrometida —confesó la joven, disculpándose con una sonrisa amable—. Incluso he llamado a Sam O'Hara.

—¿Y O'Hara le ha hablado del accidente de Gandary Street? —exclamó Frank.

—Bueno, es un hombre sencillo, elemental… Accedió a hablar conmigo,… al enterarse de que yo era la hija del coronel Harribad,

Frank dejó escapar una corta carcajada festiva.

—Entonces, ¿lo sabe todo? —preguntó, decepcionado.

—Bueno, casi todo. Pero el hombre que ha llevado a cabo la investigación es usted, de modo que, de alguna forma, yo confiaba en que usted accediera a hablar conmigo de este asunto —dijo Claire. Y se apresuró a añadir—: le prometo que mantendré en secreto sus confidencias, Frank.

Slesar se quemó los dedos con el cigarrillo. Murmuró una imprecación entre dientes, aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero y encendió otro inmediatamente.

Luego dijo:

—Apenas sabemos nada del asunto, a excepción de la observación del cadáver de ese raro individuo y las declaraciones de Sam O'Hara. Sin embargo, creo que todo tiene una explicación lógica, perfectamente natural.

—¿Una explicación lógica? —preguntó Claire, inclinada hacia él y con una expresión de intensa avidez en sus facciones.

—Eso espero. He pensado en ello mientras cenaba y…

—Apenas se enteró de lo que comía, a pesar de que era su plato favorito: asado de pato —observó la señora Slesar.

—Es posible —aceptó el policía—. Pero le decía, señorita Harribad, que…

—Claire, por favor.

—De acuerdo, señorita… Es decir: Claire. Bien. He llegado a la conclusión siguiente: la víctima del accidente era un actor. Formaba parte de una compañía (profesional o amateur). Quizá se emborracharon después de la función y por ello cometieron esa extravagancia de introducirse en una cloaca (de donde les vio salir Sam O'Hara a primeras horas de esta noche). El exceso de alcohol fue la causa del accidente, pues los de la comparsa caminaban por la calzada, en lugar de utilizar la acera. O'Hara no parece culpable del accidente. Espero que mañana se aclarará el embrollo —explicó Slesar.

Pero Claire no parecía muy convencida.

—No me parece que la solución sea tan fácil —comentó.

—¿Por qué no?

—Estoy al tanto de los acontecimientos teatrales de Parrington. No hay ninguna compañía actualmente. La del Old Vic de Londres terminó hace una semana. Y, de todas formas, la obra en escena era «Las Alegres comadres de Brighton», cuyo vestuario nada tiene que ver con las ropas y *atrezzo* que utilizaban los hombres que viera Sam O'Hara.

—Puede tratarse de una de esas compañías ambulantes —sugirió la señora Slesar, mujer práctica por encima de todo.

—Exactamente —la apoyó Frank, agarrándose a un clavo ardiendo.

Pero Claire tenía muchas cosas que decir aún.

—También yo tuve esa idea, por eso hice algunas comprobaciones. De las cuales he extraído una consecuencia: no existe ninguna de esas compañías ambulantes en todo el condado, ni siquiera en un radio de doscientos kilómetros alrededor de Parrington —informó.

Frank la miró con profunda admiración.

—Yo pensaba realizar todas esas comprobaciones mañana. Por desgracia…

—Lo sé: lleva varios días muy atareado investigando las circunstancias de ese crimen pasional de Red Bottom Lane —le interrumpió la joven—. Bueno, quizá usted tome todo esto como una intromisión, pero ya le dije que soy una joven audaz y entrometida hasta la médula. Cuando algo excita mi interés, no suelo ser demasiado sensata.

Frank rozó su cigarrillo en el borde del cenicero para desprender la ceniza. De reojo, miró a su guapa visitante.

—Supongo que tiene ya una idea preconcebida respecto al accidente de Gandary Street —sugirió con una sonrisa mordaz.

—Bueno… —respondió Claire—. Tengo mi propia opinión, pero no

comparto la de Sam O'Hara.

—¿Su idea de los alienígenas?

—Justamente. Sam cree que eran extraterrestres.

—¿Y usted?

—Pienso que puede tratarse de un grupo de romanos, de soldados romanos —respondió la hija del coronel Harribad, rozando con sus rojos labios el borde de la copa de licor que la señora Slesar acababa de poner al alcance de su mano.

Frank se agitó en su asiento.

—¿Soldados romanos, *verdaderos soldados* de la época de los Césares? —gruñó, incrédulo.

Claire sonrió.

—¿Por qué no? Los hombres del Imperio Romano conquistaron medio mundo; eso está en los libros de Historia, César desembarcó en nuestro país 55 años antes de Cristo y un siglo después, aproximadamente, Gran Bretaña pertenecía en su totalidad al Imperio Romano.

—Usted lo ha dicho: todo eso ocurrió hace casi dos milenios —saltó Frank, fervorosamente—. Imaginar que aún pudiéramos encontrar a algunos de los soldados de César me parece, cuando menos, descabellado.

Pero Claire no se inmutó.

—La vida en sí tiene facetas descabelladas —adujo—. Piense en estos detalles, Frank: el hombre que llamó a la comisaría se expresó en latín, ¿no es cierto?

—Sí —hubo de reconocer el policía.

—Además, tanto el hombre que murió como los otros, vestían extraños ropajes trasnochados —añadió la joven, viva la expresión—. Sam O'Hara me ha descrito sus vestimentas de la mejor forma posible. He llegado a la conclusión de que eran auténticas vestiduras romanas, imposibles de encontrar en ningún *atrezzo* teatral. Una a todo ello la extravagante actitud de aquellos individuos y… necesariamente pensará lo mismo que yo.

En aquel momento, Frank recordó la pequeña moneda de plata, de perfil irregular, que un empleado de los servicios de limpieza había hallado en un intersticio de la cabina telefónica situada en el cruce de Gandary Street con Simpson Row.

Al compás de su pensamiento, el policía se alzó de su silla sin dar explicaciones y salió del saloncito.

Volvió en un instante y mostró a Claire la moneda en la palma de la mano. Sintió un cosquilleo muy agradable cuando ella tomó el pequeño disco metálico.

—¿Qué es? —preguntó la joven.

Pero en seguida su expresión se animó.

—¡Un denario! —exclamó—. Un auténtico denario de plata.

—¿Está segura? Yo apenas advierto el relieve.

—Es un denario, no cabe duda —insistió ella—. Un denario de los tiempos de Julio César. Una verdadera pieza de coleccionista. ¿Dónde la compró?

Frank denegó con la cabeza.

—No la compré. Un empleado municipal la encontró en la cabina de Gandary Street —dijo.

Los ojos de Claire Harribad despidieron destellos metálicos.

—¡Eso es! —exclamó, muy excitada—. El denario es la prueba de que esos extraños individuos eran *auténticos romanos*.

Slesar se alisó furiosamente los cabellos. Se sentía desconcertado e incluso un poco furioso.

—¿Romanos, soldados romanos de hace dos mil años? —exclamó—. Prefiero con mucho la historia de Sam O'Hara: esa fantasía sobre los alienígenas.

Miss Harribad le miró sorprendida. Iba a decir algo, pero en ese momento se oyó el zumbido de un timbre.

Frank salió disparado hacia el vestíbulo, pero al cabo volvió y descolgó el teléfono con un gesto de profundo desconcierto.

En seguida escuchó la voz tan característica del sargento McDonald.

—¿Frank? Acaba de llamar el doctor Holdman. Como es un hombre que no suele beber licores, tengo que dar por buena su denuncia.

—¿Qué denuncia?

—El forense acaba de informar lo siguiente: estaba procediendo a realizar la autopsia de «Inpartibus», cuando se oyó el tintineo de unos cristales rotos. Un momento después, vio saltar por la ventana a un grupo de extraños individuos vestidos de forma grotesca, los cuales (según el doctor Holdman) se expresaban en latín. Seguidamente, aquellos hombres tomaron el cadáver de su compañero, lo liaron en una manta y se dirigieron a la ventana por la que habían penetrado en la sala de autopsias. Cuando Holdman trató de impedirlo, uno de ellos, vestido de soldado romano, le atizó un tremendo mamporro en el cráneo que dio con nuestro forense en tierra…

Frank apenas pudo impedir una corta carcajada.

—Adelante —invitó luego a McDonald—. ¿Qué más ocurrió?

—Nada. El doctor Holdman perdió el conocimiento y sólo lo recuperó diez minutos más tarde. Como estaba solo en la sala de autopsias, ninguna otra persona presenció lo ocurrido. Sin embargo, su historia parece cierta. He enviado a la Morgue un coche radio-patrulla y los agentes acaban de informarme que la ventana está rota y hay un rastro de numerosos pies en el jardincillo que rodea el edificio. El mantillo estaba húmedo, de modo que nuestros dos agentes han podido seguir las huellas hasta… hasta una boca de alcantarilla situada en la calle Hallerton.

Frank se atragantó.

Al cabo de un instante, recuperada la serenidad a medias, colgó y se volvió. Tropezó violentamente con Claire Harribad, que había estado escuchando la conversación en silencio, muy cerca de Slesar.

—¿Puedo ir con usted, Frank? Porque me imagino que no va a quedarse aquí, sentado —dijo la joven.

—¡Diablos, sí! Venga conmigo. Es posible que me ayude a desentrañar este condenado embrollo —respondió. Y se alejó hacia su dormitorio para buscar una gabardina.

Magda Slesar cambió una mirada inteligente con la hija del coronel Harribad. Y ambas sonrieron, satisfechas.

CAPÍTULO V

FRANK echó un vistazo a las profundidades y arrugó la nariz al percibir el hediondo olor que brotaba de la cloaca.

—No pienso bajar —dijo.

—Pues yo sí —respondió la hija del coronel Harribad.

Slesar vaciló.

Se volvió y dirigió una ojeada a la veintena de funcionarios que rodeaban el lugar, cuyo centro geométrico era el agujero redondo de la alcantarilla. Había dos coches policiales y un furgón de los servicios municipales. Los policías, el capataz de los servicios de alcantarillado y los obreros le miraban fijamente.

—Está bien, vamos allá —decidió, amoscado.

Y Claire asintió y sonrió levemente.

Uno de los empleados descendió en primer lugar. Llevaba una potente luz portátil al extremo de un cable conductor, arrollado en un gran carrete.

Slesar carraspeó, aspiró el aire puro de la calle y… descendió. Tuvo una compensación inolvidable: al hacer un alto tres metros más abajo, dirigió los ojos arriba y… vio el magnífico par de piernas de Claire Harribad, lo cual le produjo un lógico placer, primero, y una rara desazón, después.

—Tenga cuidado, señor —le previno el hombre de la lámpara portátil. Pero la advertencia fue inútil, pues el inspector Slesar se arreó un golpe más que regular en la cabeza cuando, ya abajo, se volvía hacia la luz. Su cabeza acababa de chocar contra el techo de hormigón.

—La cloaca es muy baja aquí —añadió el hombre—. Hay que caminar encorvado.

Frank se acarició la parte superior del cráneo, allí precisamente donde comenzaba a brotar un chichón del tamaño de un huevo de paloma.

«Puesto que el techo de la cloaca es tan bajo que no permite caminar erguido a un hombre de estatura mediana, como yo, ¿cómo se las arreglarán esos gigantescos *romanos* para deslizarse por esta alcantarilla?», se preguntó, estupefacto.

Sin embargo, allí estaban las descomunales huellas de pies humanos, impresas sobre el hormigón del estrecho sendero que bordeaba el cauce de la cloaca.

Claire llegó abajo en ese momento. Parecía asustada.

—¿Te hiciste daño? —tuteó espontáneamente a Slesar—. Escuché un alarido desde arriba y me pareció que eras tú quien gritaba.

—No es nada —respondió el policía con un rictus patético—. Un pequeño porrazo, un chichón no tan pequeño: son gajes del oficio.

Pero ella se aproximó y palpó cuidadosamente su cabeza.

—Tienes razón, Frank: es un buen chichón. Baja la cabeza, veré de arreglarlo —pidió.

Y aplicó sobre el chichón un pañuelo empapado en colonia. Al principio, Frank experimentó un intenso escozor, pero el remedio fue muy eficaz, pues el chichón había desaparecido pocas horas después.

Descendieron dos agentes de policía, el capataz municipal y un grupo de operarios compuesto por seis hombres más.

—¡Mira esto! —exclamó de repente la hija del coronel Harribad. Y señaló las grandes huellas sobre el pavimento.

Las examinaron con interés. Las huellas quedaban impresas con bastante nitidez, pues el calzado de los individuos que robaran el cadáver de la Morgue estaba manchado de barro.

—Deben medir dos metros o quizá más —observó Claire—. Las huellas no deben medir menos de cuarenta y cinco centímetros. De modo que…

Pero el inspector Slesar no la escuchaba ya. Con el pañuelo oprimiéndose el cráneo allí donde se golpeara, caminaba a buen paso por el espigón en pos del operario que llevaba la lámpara.

Las aguas sucias corrían, tumultuosas, en la misma dirección. Claire observó cómo la luz se alejaba y, por un momento, sintió miedo en medio de la hedionda penumbra. Por eso corrió cuanto pudo en pos de los que se alejaban.

Por fortuna, los policías que venían detrás encendieron sus linternas

y la cloaca quedó bañada de luz, pues de lo contrario la hija del coronel Harribad hubiera podido sufrir un desagradable y peligroso accidente.

Se detuvo unos sesenta metros más allá, al divisar a contraluz las siluetas de Slesar y el hombre que portaba la potente lámpara móvil. Se escuchaba un fragor considerable, próximo, y el aire era ya más húmedo, casi irrespirable.

—¡Cuidado, cuidado! —gritó el capataz municipal, desde atrás—. Tome todas las precauciones, señorita Harribad. Se está acercando al colector C-15 y si cae al fondo, se ahogaría irremisiblemente.

Claire se detuvo en seco y apoyó su espalda en la pared.

Jadeante, comprendió que el aviso era prudente. En aquel sector, la humedad volvía resbaladizo el espigón de cemento y las aguas se deslizaban, raudas y violentas, hacia algún lugar situado delante, donde se precipitaban a las profundidades del gran colector, en el que confluían hasta siete conductos de aguas residuales.

«Tipo raro, este Frank Slesar», pensó, todavía estremecida de pánico. «Primero se niega a bajar y luego avanza locamente, aunque… con toda la seguridad del mundo.»

Porque, en efecto, Frank y su acompañante de la lámpara, acababan de desaparecer a la vista de los que venían detrás.

Claire esperó prudentemente al grupo formado por los policías, el capataz y los operarios.

Sólo cuando uno de los policías la tomó por un brazo y la protegió con su cuerpo de una probable caída a la sucia corriente, Claire se atrevió a avanzar, aunque eso sí, despacio, pegada al muro de hormigón y adoptando todas las precauciones.

Al llegar al borde del colector, se encogió instintivamente sobre sí misma. Al principio, contempló con auténtico horror el espectáculo que se desarrollaba ante sus asustados ojos. Y tenía razón para sentirse paralizada, pues al recinto de considerables dimensiones iban gruesos caños de aguas residuales, los cuales se estrellaban abajo en una vorágine impresionante de aguas turbias y malolientes.

Al torcer a la derecha, Claire suspiró más tranquila al comprobar que una barandilla de tubos de hierro la protegía del abismo. Pero ¿dónde estaba Frank Slesar?

—Hay que bajar por una escalera de hierro empotrada en el muro —explicó el capataz—. ¿Está decidida a seguir adelante, señorita Harribad? Creo que, para una mujer, será una experiencia excesivamente arriesgada.

Lo era, sin duda.

Apoyada con cautela en la barandilla, Claire miró a las profundidades y vio la escalerilla que descendía unos seis metros hasta el fondo del colector. Allá abajo, un pasillo un poco más ancho que la plataforma donde ahora se encontraban, rodeaba la cuadrada atarjea e iba a desaparecer en una gran cloaca general de unos tres metros de altura, a través de la cual se deslizaba, fragorosa, la corriente.

—Si lo prefiere, uno de mis hombres la guiará hasta la superficie —sugirió el capataz.

Claire caviló durante unos instantes.

Pero ¿dónde estaba Frank?

Allá en el fondo de la profunda cloaca general, se veía un resplandor lejano. ¡Frank había descendido hasta el fondo y se alejaba!

Miss Harribad cuadró los hombros, irguió la mandíbula y decidió:

—Iré con ustedes.

El capataz movió la cabeza, preocupado. Y finalmente:

—Está bien, pero tenga cuidado. Esto no es como dar un tranquilo paseo por Greenwood Avenue —dijo.

El robusto empleado se agarró firmemente a la barandilla, giró y comenzó a descender los peldaños de la estrecha escalera metálica. Le siguió uno de los policías y a continuación Claire Harribad.

Allá abajo, el fragor era tan intenso que había que hablar a grito pelado para entenderse. Los gruesos chorros de aguas residuales caían con estruendo y formaban oleadas de espumas turbias y salpicaban los muros de hormigón del colector.

A los pocos minutos, Claire advirtió que sus piernas chorreaban. Un estremecimiento la recorrió de pies a cabeza.

En aquel momento, sí. En aquel momento, hubiera dado cualquier cosa por encontrarse en su casa, en el cálido y confortable ambiente del hogar, cerca de la chimenea y soportando los largos y monótonos soliloquios de su padre. Pero la hija del coronel Harribad era demasiado testaruda para volver atrás.

El pasillo elevado contorneaba los muros del colector hasta alcanzar la gran cloaca general. Caminando con precaución, la extraña procesión alcanzó el conducto y avanzó.

Más adelante, la corriente era menos turbulenta y el pasillo estaba seco, a excepción de las huellas de pies mojados que se alejaban adelante.

Allá, en el fondo, casi a una distancia remota, se veía brillar una

lucecita. Sobre el espigón se veía el cable eléctrico, que se perdía en la oscuridad.

«¿Por qué no se detendrán un momento, de forma que pudiéramos alcanzarlos?», se preguntaba Claire, rabiosa.

Pero en aquel momento, uno de los policías la detuvo tomándola por un hombro.

—¡Espere! ¿No han oído?

El grupo se detuvo y todos prestaron atención. En seguida se escucharon dos detonaciones fragorosas.

—¡Dios mío, disparos! ¿Creen que es Frank Slesar quien ha disparado? —exclamó miss Harribad, asustada.

—¿Quién si no? —respondió uno de los agentes. Y se precipitó hacia delante, seguido de su compañero.

Claire también corrió atolondradamente en pos de ellos, sin reparar en que un simple tropezón podía significar la muerte.

Corrió y corrió, a toda velocidad que le permitía su vestido y los zapatos de tacón. Por fortuna, calzaba unos de tacón bajo y resistente, que le permitían galopar a buen ritmo sin temor a un resbalón. En aquel momento, para Claire todo consistía en no separarse demasiado de los dos policías de uniforme que corrían unos metros delante de ella.

Cuando les veía alejarse, Claire gritaba sin pudor:

—¡Espérenme, no me dejen sola!

Y los policías aflojaban un poco la marcha, situación aprovechada por miss Harribad para forzar su carrera.

Luego, de pronto, los policías se detuvieron. Miraban algo en el suelo con suma atención. Cuando Claire llegó hasta ellos, comprobó que el motivo de su interés eran unas manchas de sangre.

—¿Frank? —preguntó, con el corazón en la boca.

Uno de los policías movió la cabeza, dubitativo.

—¿Quién puede saberlo? De todas formas, no cabe duda de que el inspector Slesar y su acompañante dieron alcance a los fugitivos.

—Pero, ¿qué hacemos aquí? —se impacientó miss Harribad—. ¡Sigamos!

Y echó a correr locamente pasillo adelante. Galvanizados por su ejemplo, los dos policías la siguieron.

La cloaca describía una amplia curva a la izquierda. A veces, Claire tenía que detenerse y agacharse para evitar el chorro de aguas residuales que, de cuando en cuando, saltaba desde las alturas a la

cloaca.

Al fin, cuando ya se sentía al borde de sus fuerzas, atisbó una luz en la oscuridad.

Claire gritó con todas sus fuerzas:

—¡Frank, Frank, espera!

La luz se inmovilizó.

Unos minutos después, Claire y los policías se reunían con el inspector Slesar y el electricista municipal.

Claire casi se derrumbó sobre el piso de hormigón. Jadeante, asombrada, contempló a Frank, el cual le devolvió la mirada con su actitud eternamente distraída.

Era inconcebible: Frank aparecía fresco como una rosa… a pesar de la fatigosa galopada a lo largo de las cloacas.

—¿Qué… qué ocurrió? —logró balbucear miss Harribad.

—Vimos unas siluetas en la oscuridad y les di el alto varias veces. Pero ellos corrían como ratas asustadas y me vi obligado a hacer unos disparos. Creo que he herido a uno de ellos. Por desgracia, hemos perdido sus huellas. No hemos vuelto a encontrar el reguero de gotitas de sangre —respondió Slesar.

—¿Eran… *ellos*? —insistió Claire.

Frank afirmó con un movimiento de cabeza.

—¿Quiénes si no? —gruñó, malhumorado—. Lo que no entiendo es cómo pueden desplazarse tan velozmente, puesto que llevan en volandas el cadáver de su compañero. Se diría… Yo diría que…

—¿Qué?

—Que esa gente está habituada a deslizarse por estos conductos subterráneos, que conocen a la perfección el dédalo de cloacas que atraviesa el subsuelo de la ciudad. De otra forma no me lo explico. Sólo hay que considerar una cosa para deducir que ellos se mueven por las cloacas como por su casa: *no llevan ninguna lámpara*. Ellos ven en la oscuridad como los noctívagos —explicó Slesar.

Claire se estremeció perceptiblemente.

—¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Qué distancia hemos recorrido desde la calle Hallerton? ¿En dónde nos encontramos? —preguntó la joven.

Frank distendió sus labios en una sonrisa burlona.

—Estamos en West Road. Quiero decir: a unos diez metros por debajo de la superficie de West Road. Hemos tendido 3.800 metros de hilo conductor y no podemos iluminarnos ya con esa lámpara —Slesar

señaló a la que sostenía en la mano el electricista, un joven de aspecto atlético, que parecía tan fresco como el propio inspector—. Por tanto, esperaremos a que el capataz y sus hombres lleguen hasta aquí. De todas formas no podemos estar a mucha distancia del desagüe general en Debonon River. En cuanto dispongamos de luz suficiente, continuaremos adelante. Aunque, sinceramente, no confío demasiado en reencontrar las huellas de esos individuos.

Frank Slesar tenía razón: no fueron hallados.

Muy cerca de las cinco de la madrugada, el grupo de policías y empleados municipales alcanzó el desagüe de la cloaca general que desembocaba en el rio Debonon.

Ya en el exterior y mientras respiraban con ansia el aire puro del campo, Slesar se quedó mirando las aguas del río.

—¿Qué miras? —susurró junto a él Claire Harribad.

—No miraba: pensaba —respondió el inspector de policía—. Estaba cavilando sobre una hipótesis.

—¿Puedo conocerla?

—Desde luego —la voz de Slesar era cálida e íntima—. Mi idea es ésta: esos extravagantes individuos deben cobijarse en Blood Island. Ya sabes como es aquello: un islote alargado, de unas dos millas de longitud, de orillas escarpadas y escasa vegetación.

Claire se aproximó aún más a Slesar, hasta que sus cuerpos se rozaron. Aquella proximidad era muy placentera para Frank.

—¿Sabes una cosa? —susurró ella—. Siempre me ha apasionado Blood Island. Cuando era pequeña, oí apasionantes historias relacionadas con ese islote.

—Sí —asintió el policía—. La historia del capitán corsario Nake Nobodee.

—¿La conoces?

—Desde luego. La tradición dice que Nobodee enterró un colosal tesoro en algún lugar de Blood Island. También decían que el nombre de la isla Blood (sangre) se debe a la que el corsario derramó de sus víctimas, que ejecutaba al atardecer cuando el sol se tornaba rojo. Pero eso es sólo una leyenda.

—Pero es cierto que la isla brilla al atardecer con destellos sangrientos —comentó Claire, tomando de un brazo al inspector Slesar.

—Es un simple efecto óptico —sonrió Frank—. El oleaje azota constantemente la costa oeste de Blood Island. Y además las brumas mantienen siempre húmedas las rocas. En invierno, la luz rojiza del sol

se refleja sobre las escarpaduras y las tiñe de un tono sangriento. Eso es todo.

—¿Todo? ¿Crees que la historia del capitán Nobodee es falsa?

—Bueno… Blood Island reúne todas las circunstancias para convertirse en el refugio perfecto de un pirata: las aguas de la bahía son violentas, pues concluyen en ella corrientes submarinas potentes, de modo que resulta muy dificultoso llegar allí, excepto en verano —respondió Slesar, distraído—. Además, existen centenares de cavernas y galerías subterráneas que componen un verdadero laberinto. —Slesar miró a la joven y añadió—: Sí, creo que la historia de Nake Nobodee puede ser cierta, de algún modo.

Permanecieron un momento en silencio, contemplando las oscuras aguas del Debonon River. A cierta distancia, con las linternas encendidas, permanecían los agentes de policía y los empleados municipales.

Al cabo, habló Claire Harribad.

—Entonces, ¿tú crees que *ellos* se ocultan en Blood Island? —preguntó.

—Es sólo una sospecha. ¿Quieres que te diga lo que pienso? Esa *troupe* está formada por un puñado de farsantes —explicó Slesar—. Probablemente no son otra cosa que delincuentes.

—¿Contrabandistas?

—¿Por qué no? Interpretando la mascarada de anoche, tratan de crear el pánico que les permita operar impunemente.

—Decididamente, no lo creo, Frank —opinó Claire.

Slesar se encrespó un tanto.

—¿No? El hecho de que uno de ellos (o incluso todos) sepan chapurrear unas frases en latín, no significa que sean latinos, romanos, o lo que quieras creer. Recuerda las frases que chapurreó el hombre que murió bajo las ruedas del furgón de O'Hara. Palabras inconexas, como «*In partibus*», «*Vade retro, Antonius*»… Creo que se expresan en un latín macarrónico para despistar a la policía y desorientarnos en nuestras pesquisas.

Claire asintió con el gesto.

—De todos modos, es un asunto raro, inexplicable. Al parecer, el hombre que murió tuvo fuerzas para llegar a la cabina telefónica después de que Sam O'Hara le atropellara. Y fíjate en esto, Frank: hizo una llamada telefónica *a la comisaría*.

—¿Qué tiene eso de extraño? Estaba muriéndose y pidió ayuda a

quienes podían dársela con urgencia: los policías.

—¿Y tuvo que pedir ayuda en latín? —planteó Claire, oprimiéndole el brazo con impaciencia.

Slesar no supo qué responder a esta pregunta.

—Será mejor que nos vayamos a dormir. Pronto amanecerá —dijo, luego.

A miss Harribad le brillaron los ojos intensamente.

—¿Por qué no vamos a echar una ojeada a Blood Island? —propuso, excitada.

Frank rio sin ganas.

—¿A estas horas, de noche? Eres incorregible e infatigable, Claire. Acabamos de recorrer cuatro kilómetros de cloacas, tenemos las ropas empapadas y sucias, hemos corrido un riesgo considerable, y tú… ¡tú me propones ir ahora a Blood Island! —clamó, entre irritado e incrédulo—. Tal vez vayamos mañana Ahora, apartémonos de aquí: hace frío y vamos a pillar una pulmonía. Vamos —la tomó familiarmente por un brazo y la separó de la orilla del río—. Los vehículos que hemos pedido por radio estarán aquí dentro de unos minutos.

CAPÍTULO VI

ESTABA soñando que le perseguía un gigante de facciones pálidas y vestimenta anticuada, cuando zumbó el teléfono sobre la mesilla de noche.

Despertó bruscamente, escuchó el largo timbrazo y alargó el brazo con torpeza…, con lo que el teléfono cayó al suelo con estrépito.

Al fin, Slesar consiguió encender la luz y recuperar el teléfono.

—Pero, ¿todavía estás en la cama, Frank? —resonó en su oído la alegre voz de Claire Harribad.

—Y seguiré estándolo en cuanto cuelgues el teléfono —respondió el policía malhumorado.

—Nada de eso. Salta fuera de la cama, date una ducha, vístete y sal zumbando hacia comisarla —le instó Claire.

Frank quedó paralizado por un instante. Luego dijo con voz tremante:

—¿Es que tratas de organizar mi vida, Claire Harribad?

Al otro lado se oyó una carcajada.

—En cierto modo, sí —respondió—. Pero sólo por tu bien, querido Sherlock.

—¿Qué quieres decir?

—Resulta que el coronel Harribad está muy interesado en hacer una visita a Blood Island. Resulta también que está de un humor de todos los diablos y opina que tú no llevas bien el caso, que no le has dado la importancia que merece, que…

—Eso quieres decir que te has «berreado» —pronunció Slesar, rencoroso.

—¿Cóoomo?

—Que te has chivado a tu padre, que le has hablado de lo que hicimos anoche. Escucha —Frank mordía literalmente las palabras—: si tu padre piensa que no llevo bien el caso de los romanos despistados, ¿por qué no acudió anoche a la calle Hallerton y me acompañó a través de las cloacas?

—Fui yo en su lugar, Frank, no lo olvides —respondió miss Harribad, sin perder la serenidad—. Además, no vale la pena hablar de ello. Lo que importa es esto: si no apareces en comisaría dentro de media hora, es muy probable que el coronel te destituya. Claire hizo una astuta pausa y añadió—: tú sabes que él puede despedirte, pues es el jefe de policía de Parrington.

«¡Maldita sea la estampa de ese gordinflón!», pensó Slesar. Pero dijo al cabo de unos segundos:

—Sí, por desgracia el coronel Harribad puede hacer su capricho en esa ciudad. Está bien, me levantaré.

—No es un trago tan amargo, Frank. Has descansado durante seis horas y eso es suficiente para un hombre joven y dinámico, como tú. Además, papá se ha puesto en contacto con los guardacostas y disponemos de una potente lancha que nos conducirá desde la playa a Blood Island…

—Pero el tiempo… El mar furioso…

—Tenemos el parte meteorológico con el estado del mar en la zona de la bahía. Hay niebla espesa, pero el mar está en calma. No pierdas el tiempo y corre a la comisaría —recomendó Claire.

Slesar suspiró hondo.

—Claire, Claire: aún no hace veinticuatro horas que viniste a mi casa y ya empiezas a volverme loco. Lo mejor será que te apartes de mi camino —dijo con voz susurrante y amenazadora.

En primer lugar, escuchó una carcajada cantarina. Y luego:

—No pienso hacerlo. Y ¿sabes por qué? Temo que estoy enamorándome de ti.

Se oyó el clic del fin de la comunicación telefónica. A Slesar se le cayó el auricular de las manos. El aparato chocó contra el pavimento por segunda vez y se partió por la mitad.

Pero Frank no maldijo, ni hizo otra clase de aspavientos. Por el contrario, absolutamente absorto y embobado, se puso en pie y se dirigió como un autómata al aseo.

Veinte minutos más tarde llegaba a la comisaría. El coronel Harribad estaba esperándole en su despacho; parecía impaciente.

Slesar pronunció un saludo, sin ganas. Y observó al hombre que se sentaba tras un *bureau* bellamente cincelado.

Harribad pesaba unos cien kilos y medía poco más de un metro y setenta centímetros. El resultado era una silueta semejante a un tonel. Por lo demás, el coronel tenía un rostro regordete —que procuraba disimular con un aparatoso mostacho rojizo—, un cráneo poco poblado de cabellos pajizos, ojillos azules e inquietos, boca pequeña, mentón redondo y nariz bermeja, un tanto roma.

—Ya era hora —pronunció Harribad, como única respuesta al protocolario saludo del inspector Slesar.

Se puso en pie con dificultad y el sillón crujió quejumbrosamente.

Salieron a la calle. Un coche radio-patrulla les aguardaba a la puerta de la comisaría, pero el coronel Harribad se dirigió al «Jaguard» gris-plata, tras cuyo volante se encontraba Claire Harribad, que sonrió encantadoramente a Frank. Pero el inspector se introdujo en el vehículo y se sentó sin murmurar una palabra.

El «Jaguar» se puso en marcha y el coche radio-patrulla le siguió en seguida.

Atravesaron la ciudad y tomaron la carretera que conducía a Newbridge. En el kilómetro ocho, Claire se desvió a la derecha y los dos automóviles rodaron sobre el camino que conducía a la costa.

El mar, grisáceo, apareció de repente ante su vista. La bruma, baja y espesa, ocultaba por completo la sombría silueta de Blood Island.

Antes de que los dos vehículos se detuvieran al borde del mar, Slesar vio la lancha patrullera balanceándose a una quincena de metros de la orilla. Dos hombres aguardaban a poca distancia junto a un gran bote neumático varado en la arena. Los dos hombres vestían el uniforme de los guardacostas.

Ambos saludaron respetuosamente al coronel Harribad y sus acompañantes; luego arrastraron el bote al agua e invitaron a subir a los recién llegados.

Estuvieron a bordo de la torpedera unos minutos después. Harribad cambió un saludo con el primer oficial, mientras Slesar y miss Harribad se acodaban en la barandilla de proa. Ambos miraban con avidez a través de las brumas, tratando de entrever la silueta de Blood Island. Sin embargo, era inútil: la niebla era tan densa que impedía la visión a diez metros de distancia.

La lancha guardacostas calentó sus motores, se encendieron potentes faros de proa y la embarcación se lanzó hacia adelante con brío.

Hacía frío. Un frío húmedo, penetrante, que calaba las ropas de abrigo que vestían Claire y Frank.

El inspector encendió un cigarrillo y fumó con ansiedad.

—Estás muy callado, Sherlock —bromeó la joven, que se mantenía a su lado, a pesar de que su padre había optado por acogerse a la cálida protección del puente de mando.

—No estoy de humor —confesó Frank—. Además… La presencia de tu padre tiene la virtud de encresparme.

Claire sonrió.

—No es tan antipático como parece a simple vista. En el fondo, no es otra cosa que un viejo gruñón que se cree postergado y superado por los hombres jóvenes y capaces como tú. Pero basta conseguir un mínimo de confianza con él y tenerle en cuenta, para que el ogro feroz se convierta en un pedazo de pan.

—¿Tú crees? —susurró Slesar, escéptico.

—Desde luego. ¿Quién puede conocerle mejor que yo? —Claire se volvió hacia el puente—. ¡Mírale! Está bromeando como un chaval con los oficiales del guardacostas.

Era cierto. El coronel Harribad parecía encontrarse en su ambiente. Reía a carcajada limpia, festejando un chiste subido de tono que acababa de contar el primer oficial.

De repente, la silueta de Blood Island apareció a proa. Simultáneamente, las hélices de la lancha invirtieron el sentido de rotación y la embarcación quedó al pairo de unos treinta metros de la escarpada orilla.

El coronel Harribad abandonó el puente y se acercó a Claire y Frank.

—¿Vamos allá, inspector? —exclamó alegremente.

Y Slesar asintió y le siguió hacia popa, donde los marineros estaban botando ya una lancha *zodiac* a motor. Al ver que el oleaje agitaba violentamente la lancha, Slesar abrigó la esperanza de ver a Harribad completamente mareado.

Claire fue la primera en descender por la escala y saltar ágilmente a la lancha. Le siguió su padre, aunque con movimientos pesados y calculados. Finalmente, Slesar descendió y se acomodó a un costado de la lancha a motor, que aguardó unos segundos hasta que una ola de fondo la elevó y separó de la torpedera. Zumbó el motor y la embarcación neumática se alejó hacia Blood Island.

Ocurrió entonces algo inesperado: a lo largo del corto pero accidentado y violentísimo trayecto, Frank Slesar observaba a Harribad

de reojo y se regocijaba interiormente aguardando que, de un momento a otro, el coronel acusase el mareo. Pero lo que sucedió fue todo lo contrario: de repente, Frank notó que su visión se nublaba y hubo de agarrarse desesperadamente al cordaje para no ser arrojado bruscamente por la borda.

Claire se volvió hacia él, solícita.

—¡Frank, Frank! ¿Qué te ocurre? —exclamó, preocupada—. ¡Estás palidísimo!

Slesar sintió desatarse una náusea en su estómago y se oprimió con fuerza los labios.

Pero ya estaba allí el coronel, sujetándole férreamente por un brazo y golpeándole sin delicadeza la espalda.

—¿Pero… qué es eso, muchacho? ¿Un pequeño mareo? ¡Vamos, vamos, anímese, no será nada! Ya verá cómo se le pasa en cuanto pongamos el pie en Blood Island —gritaba a voz en cuello, sin dejar de palmearle la espalda, con los ojillos brillantes y el rostro bermejo, saludable y fresco como el de un chiquillo.

Frank maldijo entre dientes, pero se esforzó en dominar su necesidad de arrojar al mar el desayuno que había consumido a toda prisa una hora antes.

Una ola les empujó frenéticamente contra las rocas. Uno de los dos marineros que le acompañaban saltó a los peñascos cubiertos de espuma y sujetó con fuerza el cabo para dominar los bamboleos de la embarcación.

Pocos segundos después, la lancha era izada sobre las rocas, a saldo de las iras del mar.

De pie sobre un peñasco, Frank Slesar jadeaba entrecortadamente, ansioso por dominar su nausea con la ayuda del aire fresco que penetraba con furia en sus pulmones.

—¡Vamos, vamos, muchacho! —chillaba el coronel, ufano. Y se acercó a él con el ánimo de seguir golpeándole la espalda. Pero Slesar escaló rápidamente las resbaladizas rocas y se puso fuera de su alcance.

—¡Maldito gordinflón! —jadeó, ya a salvo.

Harribad subía con gran esfuerzo la abrupta pendiente, apoyando sus manos en las rocas para evitar resbalar. Detrás venían Claire y los dos marineros del guardacostas.

Desde las alturas y dominando ya el mareo, Slesar contempló la martirizada geografía de Blood Island. La bruma se había elevado un poco y ahora sus ojos divisaban el lomo pétreo de aquella faja de unas

dos millas de longitud, paralela a la costa.

Nunca había estado allí, aunque en su juventud se había sentido tentado por la idea de hacer un viaje a Blood Island, el misterioso refugio de piratas, según la tradición. Muchos años atrás, Frank había visitado con frecuencia el litoral y había pasado largas horas contemplando la isla de los corsarios a través de un viejo catalejo, encontrado en el desván de su casa de Parrington.

Pero la visión a través del catalejo no era tan impresionante como la que se le ofrecía ahora con los pies asentados en las resbaladizas rocas. La piedra era sólida, de color gris, pero mojada tenía un tono negruzco muy desagradable. Advirtió que el piso era liso, redondeado, erosionado a lo largo de miles de años por los elementos.

El viento soplaba fuerte y las ráfagas de lluvia azotaban el cuerpo del policía, protegido apenas por una ligera gabardina, inservible —a todas luces— para realizar una inspección en lugar tan inhóspito.

—Soy un estúpido —gruñó para sí—. Debí traer un impermeable adecuado.

Se volvió al oír la fresca risa de Claire Harribad.

Ella sí, ella había tenido la precaución de traer un impermeable plástico de color amarillo muy vivo, dotado de capucha, que acababa de ponerse en aquel momento. Pero la previsión de miss Harribad no terminaba ahí.

—¡Ven! —le gritó—. ¡Ponte esto!

Y le tendió un impermeable plegado semejante al suyo, que acababa de sacar de una bolsa de viaje.

Slesar le agradeció el gesto con unas palabras amables y se colocó el impermeable. Por el rabillo del ojo, vio subir al coronel Harribad, rezongando y jadeando, embutido en un ridículo impermeable naranja que de ninguna manera bastaba para cubrir su rechoncha figura. Detrás de él, venían los dos marineros, perfectamente protegidos de las ráfagas húmedas con sendos chubasqueros de color rojo eléctrico, visibles a gran distancia.

Harribad se detuvo a unos metros de distancia, resoplando como el fuelle de una fragua. Respiró hondamente y, cuando hubo recuperado el aliento, gritó a los cuatro vientos:

—¿Qué esperamos para comenzar?

Slesar no dijo nada. Se limitó a sacar un paquete de cigarrillos y a ponerse un pitillo en los labios pero, antes de que consiguiera encenderlo, las violentas ráfagas del temporal había humedecido tanto

el cigarrillo que el papel se rompió y las briznas de tabaco fueron arrebatadas por el fuerte y destemplado viento.

—Está bien. Veamos qué podemos mirar por aquí —dijo a Claire. Y caminó encorvado hacia adelante para evitar que el ventarrón le zarandease.

Según pudieron comprobar, Blood Island tenía poco más de media milla de anchura. Como su altura no superaba los treinta metros, las ráfagas que el viento arrancaba de las crestas de las olas, azotaban con fuerza la cumbre. El agua espumosa corría cuesta abajo, de vuelta al Atlántico, aunque gran parte de los arroyuelos desaparecían en las numerosas cavidades que los elementos habían ido abriendo en la roca.

—¡El tiempo ha cambiado! —gritó Claire detrás de él.

Slesar se detuvo.

«No me extraña —murmuró para sí—. El coronel Harribad es un gafe.»

Claire llegó junto a él y se cobijó a su lado, tomándole de un brazo.

—Hace frío, Frank —murmuró, aterida—. Y esta isla tiene un aspecto tan sombrío bajo la bruma…

—Ya veo —comentó Frank, irónico—. Estás deseando volver a casita.

Notó inmediatamente la brusca presión de los dedos de la joven en su brazo. Apretaba tanto que casi le hacía daño.

—¡No! —exclamó ella—. ¿Quién ha dicho tal cosa? ¡Por nada del mundo me marcharía de aquí sin registrar la isla hasta sus más recónditos recovecos!

El viento amainó y la bruma descendió inmediatamente hasta llegar a borrar los contornos de las rocas.

Slesar se volvió y distinguió las siluetas confusas del coronel Harribad y los dos marineros, que se acercaban a ellos caminando con precaución sobre el húmedo piso.

—No encontraremos nada aquí —murmuró Frank, escéptico.

—Pero tú mismo dijiste…

—Me equivoqué. Dime una cosa, Claire: ¿crees que alguien sería tan loco como para cobijarse en una de esas grutas? —señaló con el brazo derecho extendido hacia los acantilados chorreantes de espumas—. Hay temporal y las olas penetran tumultuosamente por esas oquedades. Si esos locos *romanos* hubieran decidido ocultarse en alguna de las grutas, es muy posible que terminasen ahogados sin remisión.

La joven asintió inconscientemente al escuchar tales razones. Pero

Claire Harribad era demasiado impetuosa e inquieta como para abandonar una empresa a las primeras de cambio. Por eso arguyó con fogosidad juvenil:

—¡Aún no hemos recorrido sino una pequeña parte de la isla! Si seguimos hacia el sur, es muy posible que encontremos *algo*. Es preciso continuar el reconocimiento de este pedazo de roca resbaladiza — respondió.

Harribad dejó escapar una corta carcajada. Luego miró a Slesar y gruñó:

—Ya lo sabe, Frank. Es preciso continuar. Lo ha dicho la pitonisa del grupo. Por otra parte, parece que la violencia del temporal se ha calmado un poco y…

Aún no había terminado de hablar cuando violentísimas ráfagas de viento huracanado se elevaron del Atlántico sur y azotaron los acantilados. El viento era tan potente que les empujó con fuerza. El sombrero del coronel Harribad salió volando y se perdió entre la bruma para siempre.

—Lo dicho: es un gafe —suspiró el inspector Slesar, resignado a su pesar.

—¿Qué decías? —le gritó Claire a la cara.

—Nada —respondió Frank—. Es decir, sí: que el temporal no se pone de acuerdo con tu padre.

Claire lanzó una argentina y fresca carcajada que se contagió a Slesar. Rieron los dos y el coronel les observó, amoscado, pero no hizo ninguna observación.

Avanzaron hacia el sur, inclinados hacia adelante para oponerse a la potencia del vendaval. A veces se detenían para inspeccionar alguna de las oquedades más profundas, muchas de las cuales apenas tenían un metro de diámetro. Las ráfagas de agua inundaban aquellos conductos verticales, obviando toda posibilidad de que unos seres vivos se guarecieran allí.

Unos trescientos metros hacia el sur, descubrieron una abertura de dimensiones superiores, excavada por los elementos en una cornisa.

Slesar, atraído, se introdujo en aquel pasadizo y avanzó algo más de veinte metros, seguido de los restantes expedicionarios. Descubrieron que la galería circular se iba volviendo más y más angosta hasta que se hizo ostensible que ningún cuerpo humano podría deslizarse a través de la abertura.

Decepcionados, volvieron sobre sus pasos, ascendieron a la meseta

rocosa y prosiguieron su avance hacia el sur.

Fue entonces, cuando se encontraban a unos doscientos metros del promontorio meridional de la isla, cuando los nubarrones tormentosos se aclararon y un rayo de sol fulgurante hendió las brumas.

Se detuvieron. Y uno de los marineros del guardacostas gritó:

—¡Miren eso!

A través de la bruma amarillenta y al contraluz de la súbita luminosidad solar, vieron unas siluetas humanas que ascendían a grandes pasos la pendiente y desaparecían tras la sombra densa del risco.

CAPÍTULO VII

EN su rápida carrera, Slesar había dejado a sus compañeros atrás. Y ahora, al pie del risco, tras haber estado a punto de despeñarse al mar por el talud de unos cincuenta metros de profundidad, contemplaba estupefacto el desierto paraje.

—¡No es posible! —murmuró—. Yo vi cómo se ocultaban precisamente en este lugar.

Rodeó, cauteloso, el promontorio.

—Nada —murmuró desalentado—. No existe ningún agujero a través del cual pudieran desaparecer esos misteriosos individuos.

Por un momento, se preguntó si no se trataría de una alucinación colectiva.

—Imposible —se respondió a sí mismo—. Todos pudimos ver claramente las siluetas de más de una docena de personas a contraluz del sol que se filtraba a través de la bruma. ¡Yo los vi con mis propios ojos!

El cielo había vuelto a cerrarse. Las nubes sé habían espesado de tal forma que ni siquiera era visible el disco del sol a través del vapor grisáceo de los densos nublados tempestuosos. El viento azotaba con fuerza el risco y Frank notaba cómo los hililllos de agua empapaban su rostro y se deslizaban por el mentón hasta el cuello.

Oyó un gritito e intuyó más que vio a Claire. Un momento después, la joven se reunía con él. Harribad y los dos marineros llegaron en seguida, chorreantes sus ropas contra la lluvia.

—No lo entiendo —explicó Slesar—. Yo vi que corrían *precisamente* hacia este promontorio. Pero ¡han desaparecido! Debe habérseles tragado la tierra.

—¡Tú lo has dicho! —exclamó Claire, chispeantes sus luminosos ojos —. Todos vimos lo mismo, de modo que… —se asomó al talud y trató de penetrar las brumas—… deben estar ahí, debajo de nosotros.

Los marineros del guardacostas llevaban sendos rollos de cuerda resistente arrollados a los hombros.

—Denme una de esas cuerdas —pidió Slesar. Y en pocos minutos, desenrolló el trenzado de nylon, ató un cabo a un risco y se dispuso a descender.

Claire le miró con aprensión. Una mirada intensa y una recomendación:

—¡Ten cuidado, Frank!

Pero Slesar se había descolgado ya. Un momento después le oyeron gritar. Asomados al acantilado, se inclinaron ávidamente al precipicio.

—¡No es aquí abajo, sino arriba, en el lado más meridional del risco!! —gritó Frank, balanceándose al extremo de la cuerda, diez metros más abajo.

Las cabezas giraron hacia el colosal promontorio rocoso que se elevaba unos veinte metros por encima de la meseta.

—¡Está ahí! —se desgañitaba Slesar, penduleando peligrosamente allá abajo a impulsos del vendaval—. ¡Veo la boca de una gran caverna por encima de ustedes! Hay una estrecha cornisa curva… ¡Por eso es imposible ver la gruta desde donde ustedes están! Pero ¿qué hacen ahí, inmóviles, mirándome como mentecatos? ¡¡Ayúdenme a subir!!

Los primeros en reaccionar fueron los marineros. Uno de ellos se tendió sobre la húmeda roca y el otro se echó en sus piernas para evitar que resbalaran. El primer marinero tiró con fuerza del cabo y Claire se agarró a él desesperadamente y saltó, con toda decisión, mientras el coronel contemplaba el risco con una expresión indefinible en su redondo rostro rubicundo y un tanto congestionado.

Entre los dos marineros y miss Harribad consiguieron elevar al policía en breves instantes.

Chorreantes los cabellos, Slesar renegaba entre dientes mientras escrutaba con interés el saliente rocoso que rodeaba exteriormente el risco.

—Es muy arriesgado —opinó Harribad, moviendo la cabeza como un péndulo—. Demasiado peligroso. Un simple resbalón y…

Slesar no le prestó la menor atención. Estaba fabricando un nudo corredizo, que pasó fácilmente por su cintura.

—¡Sujétenme! —pidió, ofreciendo el extremo de la cuerda a los

marineros—. ¡Voy a echar una ojeada a esa caverna!

—¡Está loco! —exclamó el coronel, barrenándose expresivamente la frente con un dedo.

Pero nadie prestó atención a su comentario. Tanto los marineros como su hija estaban pendientes de Slesar, que escalaba ágilmente el promontorio y alcanzaba en ese momento la estrecha cornisa que rodeaba el saliente invisible del espolón pétreo.

Slesar desapareció de su vista. Transcurrieron unos minutos de pausa. El viento soplaba a ráfagas y arrojaba chispitas heladas sobre los rostros de las cuatro personas que aguardaban al pie del promontorio.

No llovía propiamente, sino que el huracán arrancaba la espuma de las crestas de las olas y azotaba violentamente la pedregosa superficie de Blood Island.

Al cabo se oyó un grito que arrastró el viento y Frank Slesar apareció en la peligrosa comisa que rodeaba la parte saliente del risco.

—¡Frank! —gritó Claire, angustiada—. ¿Qué hay ahí?

Afianzadas sus manos enguantadas en los salientes de la roca, el policía descendió.

—He visto —jadeó— una gruta de grandes proporciones. Al fondo… se ven tres galerías que permiten holgadamente el paso de un hombre erguido. He llegado hasta el fondo y he visto…

—¿Qué? —exclamó la mujer con gran ansiedad.

—Restos de comida, huesos, espinas de pescados, incluso cenizas de una hoguera. A la entrada de una de las galerías, un testigo no muy agradable: un viejo esqueleto prácticamente deshecho, apoyado sobre la pared —declaró.

—¿Un esqueleto? —arrugó el entrecejo el coronel—. ¿Los restos mortales de uno de ellos, quizá?

—No lo creo —denegó Slesar—. Hay una vieja hebilla de cobre, unas retorcidas botas de marino, jirones de una vieja casaca pirata… Finalmente, va a resultar verídica la leyenda del bucanero Nake Nobodee —bromeó.

Claire se agitó, impaciente.

—¡Vamos allá! —propuso—. Quiero echar una ojeada a esa gruta. ¿Por qué has vuelto, Frank? ¿Acaso sentiste miedo?

Slesar sonrió.

—No miedo, precisamente. La verdad es que empiezo a estar tan interesado como tú en este asunto. Incluso he recorrido una docena de metros de la galería a cuya entrada se encuentra el esqueleto del pirata,

pero allá dentro la oscuridad es casi total y el viento apagaba mi mechero una y otra vez. ¿Alguno de ustedes tiene una linterna?

—¡Yo! —respondió Claire—. Supuse que nos iba a hacer falta y metí en mi bolso las dos que tenemos en casa.

—Muy bien —asintió Slesar, brillantes los ojos—. Vamos allá.

Pero Harribad le retuvo tomándole de un brazo.

—¡Un momento! No voy a permitir que mi hija exponga su vida. Usted, Frank, sólo cumple con su deber de policía, pero Claire no tiene tales obligaciones. De modo que…

Slesar se impacientó.

—Escuche, coronel: no es nada difícil llegar hasta esa gruta, se lo aseguro. Y, créame, tampoco yo me atrevería a exponer la vida de Claire si no estuviera seguro de que ella puede seguirme con facilidad.

Uno de los marineros adelantó un paso.

—Mi compañero y yo también queremos echar un vistazo a esa cueva, señor —dijo.

—Perfectamente. Vengan. Pueden sernos de mucha utilidad —accedió Slesar.

Harribad gruñó entre dientes. Luego dijo:

—De acuerdo, hagan lo que quieran, pero yo, como jefe de policía, declino toda responsabilidad. Usted se hará cargo del asunto, Slesar.

—Como siempre, más o menos —murmuró éste en voz baja. Y añadió, casi gritando—: ¿Piensa quedarse aquí, señor?

—Esto, sí. Será mejor que me mantenga a la expectativa por si… ¡ejem! por si necesitan de mi ayuda —respondió el coronel, dirigiendo una recelosa mirada al peñasco.

—No perdamos tiempo. —Slesar dirigió un rápido vistazo a su reloj de pulsera—. Vamos allá.

Al volver, había dejado afianzado el extremo de la soga a un saliente de la caverna, con lo cual la cuerda servía ahora de asidero para desplazarse a lo largo de la estrecha y resbaladiza cornisa pétrea.

Frank iba delante. Le seguía la hija del coronel Harribad y finalmente los dos marineros del guardacostas.

Estaban ya a la entrada de la cueva, cuando oyeron unos jadeos silbantes a sus espaldas. Slesar se detuvo, giró hacia atrás y… vio al coronel Harribad que les seguía por la cornisa, tembloroso y farfullante.

—Pero, coronel, ¿cómo se le ha ocurrido…?

A Harribad le temblaban las piernas y le castañeteaban los dientes.

Uno de los marineros le esperó y cuando estuvo cerca, le afianzó por un brazo y le ayudó a llegar a la plataforma de acceso a la caverna.

Ya a salvo, el coronel dejó escapar el aire contenido de sus pulmones, buscó un pañuelo en su bolsillo y se secó el rostro, empapado de sudor y chispitas de agua marina.

Incluso logró sonreír a medias cuando se excusó:

—Bueno, no quise dejarles solos, ¿saben?

Claire dejó escapar una alegre carcajada y los demás sonrieron sin disimulos. Luego descendieron al fondo de la gruta y examinaron el lugar con atención.

La caverna tenía las características que Slesar había descrito: unos siete metros de profundidad por otros tantos de longitud. La altura de la bóveda era de unos cuatro metros. A la derecha, en el fondo de un entrante semicircular, se advertían los restos carbonizados de una hoguera. Muy cerca, hallaron gran cantidad de huesos y grandes espinas de pescados.

Como Frank había declarado, descubrieron un esqueleto desmoronado a la entrada de una de las galerías del fondo.

—Parecen los restos de un pirata, en efecto —exclamó Claire, estupefacta.

Se volvió para mirar a Slesar y murmuró:

—¿Y si encontráramos el tesoro de Nake Nobodee? ¡Un arcón rebosante de monedas de oro y plata, de joyas riquísimas, de rubíes y esmeraldas, de…!

Calló bruscamente.

Por encima del fragor de las olas que se estrellaban contra los acantilados cincuenta metros más abajo, un sonido estridente llegó hasta sus oídos.

—¿Han oído eso? —susurró Claire, que había palidecido un tanto.

—Parecía un grito —respondió uno de los marineros—. Un grito de aviso. O quizá de… de agonía.

El coronel pronunció un juramento.

—Yo no he oído nada, ¡por cien mil demonios afeitados! —exclamó, nervioso—. ¿Tanto les ha impresionado la visión de ese cadáver que empiezan a ver fantasmas?

Pero Slesar elevó una mano y solicitó silencio.

—Escuchen.

Sólo se oían los tenues jadeos del coronel Harribad, bronquítico

impenitente.

Pero luego, al cabo de unos segundos, todos pudieron escuchar una voz lejana que llegaba precisamente a través de la galería situada a la izquierda. Es decir, aquella a cuya entrada montaba guardia el esqueleto deshecho de un viejo corsario.

Slesar corrió hacia allá y Claire Harribad le siguió inmediatamente.

El pasadizo subterráneo destilaba humedad y el chorro luminoso arrancaba destellos misteriosos de las hendiduras y crestas de la roca.

Tras de avanzar un trecho, Frank se detuvo y escuchó. Pero no pudo oír otra cosa que el rumor de los pasos de sus compañeros y los jadeos bronquíticos del coronel, que seguía a duras penas la rápida carrera del policía y su hija.

—Es… es apasionante —susurró Claire a su lado—. No me hubiera perdido este viaje por nada del mundo.

Y añadió:

—¿Crees… crees que pueden ser peligrosos?

Slesar se encogió de hombros.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Ni siquiera les conocemos. Si, como supongo, son contrabandistas, estarán armados. Hemos de tener cuidado.

—¿Y si fueran *auténticos* romanos? —sugirió la mujer, destellantes los ojos de ansiedad y emoción.

Frank rio entre dientes.

—No seas niña. ¡Romanos! ¿Qué romanos? Como tú misma dijiste, Cesar invadió Britania hace más de veinte siglos… ¿estás pensando en una centuria perdida en estos parajes hace más de dos mil años? ¿Crees que podrían sobrevivir aislados durante todo este tiempo?

Claire dudó.

—No lo sé. ¡Pero resultaría apasionante! —respondió.

Frank sonrió con escepticismo.

Aguardaron a que llegaran los dos marinos y el coronel Harribad y prosiguieron avanzando, ahora con mayores precauciones. A veces, Frank se detenía, apagaban las linternas y escuchaban.

No pudieron escuchar otra cosa que el misterioso ulular del viento colándose por los mil y uno agujeros de la roca y el distante destilar de los hilillos de agua a través de la piedra porosa.

Cuarenta metros más allá, la galería desembocaba en otra gruta. Un pasadizo circular se divisaba al fondo, pero existía otra galería a la

derecha. Tras una cierta vacilación, Slesar optó por seguir avanzando a lo largo del pasadizo de la derecha.

Diez minutos más tarde, Claire Harribad exclamó:

—¡Allí! ¡Veo una luz!

Caminaron aprisa, aproximándose cada vez más a la luz lechosa que se expandía al fondo de una galería. Poco después, Claire, que se había adelantado a todos, se detenía y estallaba en una carcajada burlona:

—¡Hemos vuelto al mismo sitio! —anunció.

En efecto, según pudieron comprobar, se hallaban nuevamente en la gruta del promontorio.

Slesar masculló algo entre dientes y volvió sobre sus pasos, imitado en seguida por los demás. Cruzaron la segunda caverna y prosiguieron adelante por el pasadizo del fondo.

De repente, la hija del coronel Harribad se detuvo y se inclinó sobre el húmedo y rugoso piso.

Cogió algo del suelo y lo mostró a los demás en la palma de su mano.

—¡Una moneda de oro! —exclamó el coronel, con un jadeo estertoroso.

No era simplemente una moneda de oro. Según pudieron comprobar en seguida, el piso de la galería estaba regado a intervalos de aquellos relucientes discos de metal amarillento.

CAPÍTULO VIII

—¡EL tesoro de Nake Nobodee! —exclamó Claire, jubilosa—. ¡Al fin yo tenía razón!

Claire tenía en su mano una docena de monedas de oro de diferentes tamaños y acuñaciones.

Según pudieron comprobar, en el pequeño tesoro se mezclaban doblones españoles, florines, escudos e incluso coronas inglesas.

—¡Sigamos buscando! —propuso Claire, exultante de ansiedad.

Y continuaron adelante, escrutando las irregularidades del terreno.

Súbitamente, Slesar se detuvo. Giró una ojeada en derredor y murmuró, atónito:

—¿Dónde está el coronel?

Uno de los marineros respondió:

—Le vi alejarse, pasadizo adelante, mientras nosotros examinábamos esas monedas. Supongo que ha seguido el rastro de esas piezas de oro.

Frank dirigió el chorro de su linterna adelante, pero no pudieron ver al jefe de policía de Parrington en todo lo que abarcaba el trazo luminoso, pues la galería subterránea descubría una pronunciada curva a la izquierda.

—*¡My God!* —exclamó Claire, palideciendo—. Tenemos que buscarle inmediatamente. Esto es un verdadero laberinto de cámaras y pasadizos subterráneos. Es posible también que existan simas profundas, pozos u otros peligros. ¡Por favor, Frank!

—Calma, calma. No puede haber ido muy lejos. Le alcanzaremos en seguida —respondió el policía.

Corrieron a buena velocidad a través del subterráneo. La galería era descendente y el techo no era tan alto como antes, lo que les obligaba a

marchar encorvados para evitar golpearse en la cabeza.

No encontraron nuevas monedas en el suelo. Probablemente, el coronel Harribad se había dado buena prisa en irlas recogiendo.

Luego, cuando habían recorrido ya una buena distancia —siempre descendiendo hacia las profundidades—, escucharon el rumor de un tropel, seguido de grandes gritos y lastimeros *ayes* de dolor.

La sorpresa les paralizó durante unos segundos.

—¡Papá! —chilló Claire, aterrada—. ¡Era él, estoy segura! Algo espantoso ha debido ocurrirle. ¡Por amor de Dios, Frank, corramos en su auxilio!

Superando su estupor, Slesar sacó su pistola y la montó. Un momento después, proseguía la carrera tan vertiginosamente que pronto dejó a los demás atrás.

Fue el primero en descubrir la enorme cueva en cuyo fondo yacía el coronel Harribad boca abajo, exhalando débiles lamentos.

Frank se inclinó sobre él en el momento en que miss Harribad y los marineros desembocaban en la amplísima gruta subterránea.

—¡Dios mío, Dios mío! —oyó murmurar a Claire, a su espalda.

Dio la vuelta al cuerpo del coronel y se tranquilizó al comprobar que su jefe apenas sufría unos rasguños sangrientos en el redondo rostro. Su impermeable aparecía desgarrado en los bajos y completamente sucio de lodo negruzco.

—Se cayó, imagino —comentó el inspector de policía.

—¿Me caí? —farfulló Harribad. Y barbotó—: ¡Al diablo! Esa legión de diablos cayó sobre mí y me patearon. Eso fue lo que hicieron.

Claire se había inclinado sobre su padre y restañaba amorosamente sus rasguños con un pañuelito diminuto…

—¡Papá, mi querido papá! ¿Cómo pudo ocurrir? —sollozó.

—No te esfuerces demasiado —dijo Slesar, irónico—. Está bien, sólo unos cuantos arañazos.

—¿Unos cuantos arañazos? Esos tipos se lanzaron sobre mí, me derribaron y me pisotearon en la oscuridad, después de arrebatarme a golpes la linterna… ¡Si llego a traer mi revólver conmigo…! —se deshizo en aspavientos quejumbrosos.

Cuando lograron tranquilizarle, Slesar le pidió que relatara con palabras coherentes lo sucedido.

—Me alejé, en pos de esas malditas monedas. Debí distraerme cuando las recogía del suelo, pues ni siquiera les vi cuando alcancé esta gruta —narró el coronel—. Ellos debían estar acechándome escondidos

en esos agujeros…

Harribad elevó una mano manchada de lodo y señaló las numerosas cavidades que horadaban las paredes de la gruta. De alguno de los intersticios de la bóveda, manaban hilillos de agua que se deslizaban por los pétreos muros e iban a formar un estanque de aguas profundas al margen izquierdo de la caverna.

La linterna de Harribad había caído al agua y estaría, con toda probabilidad, inutilizada.

—Esos tipos cayeron sobre mí en tropel y me pillaron por sorpresa. Cuando escuché el rumor de sus pasos y quise incorporarme, me derribaron y pisotearon. Por un momento, creí morir. ¡Uf, creo que me han hecho polvo los riñones! —se lamentó.

Slesar movió la cabeza con un gesto de escepticismo.

—No creo que le atacaran, coronel —opinó—. Si hubieran tratado de matarle, lo hubieran conseguido fácilmente. Ellos eran muchos, a juzgar por la cantidad de huellas de pies impresas sobre la arena.

Harribad bufó.

—No quiere creer que me atacaron, ¿eh? ¿Qué se proponían, entonces?

—Supongo que se asustaron y huyeron desorientados —respondió Frank—. Usted tapaba su camino de huida y le arrollaron ciegamente. Eso es lo que pienso…

Se separó del grupo que formaban sus compañeros alrededor del coronel y siguió la dirección de las pisadas. Las numerosas huellas de pies se orientaban hacia una gran grieta abierta en la roca, muy cerca del lago de aguas oscuras.

Volvió en seguida, miró a Harribad y preguntó:

—¿Cree que podrá caminar?

—¡Por cien mil diablos, sí! —gruñó Harribad—. Aunque supongo que, después de esto, tendré que guardar cama durante muchos días. ¿Qué se propone hacer, inspector?

Frank señaló la ancha grieta en la que desaparecían las huellas.

—Explorar en esa dirección, por supuesto. Estoy decidido a atrapar a alguno de esos desconocidos. Aunque los delitos de contrabando no nos atañen a nosotros, tengo curiosidad por saber por qué esos tipos se disfrazan como si fueran a asistir a una mascarada. ¿Tiene idea de cuántas personas componen la partida?

Auxiliado por los dos marineros, Harribad se puso en pie. Un gesto de dolor transitó sus facciones mofletudas.

—Ya le he dicho que apenas tuve tiempo de verlos. Pero a juzgar por mis riñones molidos, debían ser muchos. Quizá veinte o treinta —declaró.

Distraído, Frank dirigió una larga ojeada a su alrededor. Docenas de conductos de distintas dimensiones confluían en aquella gran cueva de unos cuarenta metros de diámetro y contorno casi redondo. Luego su mirada bajó y fue a posarse en la superficie del profundo estanque.

Separándose del grupo, Frank se acercó a la orilla y se inclinó para recoger la linterna. Al hacerlo, el chorro de su linterna hendió las oscuras aguas. Algo debió captar su atención, pues sus compañeros escucharon la exclamación que brotó de sus labios.

—¿Qué ocurre, Frank? —preguntó miss Harribad.

Pero Slesar no respondió.

Asombrados, todos vieron cómo se descalzaba, se remangaba los pantalones y penetraba cautelosamente en las aguas del estanque.

Mantenía la linterna sujeta entre sus dientes y hundió ambas manos en la masa líquida, tras lo cual tiró hacia sí con todas sus fuerzas.

—¡Ayúdenme! —solicitó, volviéndose un momento. Y siguió tirando de algo que permanecía oculto a los ojos de los restantes componentes del grupo.

Los marineros calzaban botas de agua y no tuvieron que descalzarse para penetrar en el estanque. Un momento después, ante las atónitas miradas de los Harribad, los tres hombres sacaban del agua un enmohecido cofre.

—¡El tesoro de Nake Nobodee! —chilló Claire fuera de sí. Y abandonando a su padre, corrió, exaltada, hacia el borde del pequeño lago.

Lo que Slesar y los marineros habían sacado de entre la arena negruzca que cubría el fondo del estanque era, en efecto, un cofre de regulares proporciones. Un baúl de sesenta centímetros de longitud por medio metro de altura y otro tanto de anchura, un cofre de madera guarnecido con pletinas de cobre en los bordes y cantoneras. El metal estaba deslustrado por la humedad y el viejo candado que aseguraba su tapa estaba tan enmohecido y herrumbroso que saltó en pedazos en cuanto los marineros lo golpearon a puntapié limpio.

Claire quedó hechizada ante el brillo trémulo de las joyas que contenía. Collares, diademas, pectorales, pulseras y toda clase de riquísimas joyas aderezadas con brillantes, esmeraldas, rubíes y topacios…

Sin poderse contener, miss Harribad cayó de rodillas y hundió sus manos entre las joyas. Influidos por su ejemplo, electrizados, Slesar y los dos marineros hicieron otro tanto.

Comprobaron que, bajo la capa de costosísimas joyas antiguas engarzadas en oro y plata finísimas, el cofre contenía una gran cantidad de piedras preciosas sin tallar, algunas de ellas —unas esmeraldas— de considerable tamaño y calidad.

Slesar profundizó aún más en el cofre y sacó un pesado lingote de metal amarillento.

—Oro puro, no cabe duda —murmuró entre dientes, extasiado ante la contemplación de tanta riqueza.

De repente, una mano le arrebató el lingote. Frank se volvió rápidamente y vio al coronel Harribad, que parecía atacado de una violenta decisión.

—¡Dejen eso, dejen todo eso donde está! —bramó el jefe de policía de Parrington.

Frank dejó escapar una risita sardónica.

—¿Es que piensa quedarse con todo, coronel? —exclamó.

Harribad enrojeció hasta la raíz de sus escasos cabellos.

—¡No, maldita sea! —respondió—. Por un momento… por un momento he visto la codicia reflejada en los ojos de todos ustedes. He contemplado cómo brillaban sus miradas, cómo acariciaban las joyas y las piedras preciosas… Supongo que se han hecho a la idea de que este tesoro les pertenece, ¿verdad? Se equivocan: este hallazgo pertenece a la corona, a la Tesorería de nuestro gran país.

Slesar tragó saliva. Claire dejó en el cofre la diadema chorreante que había depositado fugazmente sobre su frente y los marineros restituyeron igualmente las joyas que habían estado examinando con evidente fascinación.

Recuperado el control de sí mismo, Slesar dijo:

—Se equivoca, coronel; ninguno de nosotros pensaba apropiarse de ese tesoro. Simplemente, nos ha causado una gran impresión.

Harribad se mostró entonces desorientado.

—Disculpen —murmuró—. Creí que…

Dejó el lingote de oro encima de las joyas y gemas y suspiró:

—Supongo que algo nos corresponderá de esa fortuna —dijo—. Tengo entendido que el Gobierno concede un determinado porcentaje a aquellos que encuentran tesoros ocultos.

—Aún hay más —declaró Slesar—. En el fondo del estanque vi otro

cofre, destrozado. Precisamente lo que atrajo mi atención fue el brillo de algunas monedas, parcialmente ocultas entre la arena y el légamo. Imagino que los desconocidos que se ocultan en estos recovecos encontraron los cofres y se apoderaron de una parte de está fortuna. Eso explicaría las monedas halladas en la galería que dejamos atrás.

—¿Vamos a sacar el otro cofre del estanque? —preguntó uno de los marineros.

—No —respondió el policía—. Por ahora nos interesa más atrapar a esos delincuentes. De rescatar el resto del tesoro se ocuparán las autoridades, después de que la policía rinda el informe correspondiente. Vamos a echar una ojeada a esa hendidura. Les aconsejo que tengan listas sus armas. Aún no conocemos las intenciones de los individuos que se ocultan en este dédalo de caminos subterráneos.

Los marineros desenfundaron sus pistolas y siguieron a Slesar, que caminaba ya decidido hacia aquella ancha grieta situada junto al estanque.

La altura del techo permitía caminar a buen paso, a pesar de lo cual Slesar y los marineros debían detenerse en ocasiones para aguardar a Claire y el coronel Harribad, que avanzaban desesperadamente lentos.

Fue precisamente en uno de aquellos obligados altos cuando escucharon un rumor lejano, apenas audible.

—¡Silencio! —solicitó Slesar en voz baja. Y aguzó sus oídos.

Nuevamente llegó el sonido, ahora más claro e inteligible.

—Es… como si unas zarpas raspasen la roca —observó uno de los marineros.

A diez pasos de distancia se habían detenido el coronel Harribad y su hija. Claire aguardaba inmóvil, estupefacta, y con todos los sentidos alerta.

El leve rumor proseguía. Guiados por el sonido, Slesar y sus marineros avanzaron con cautela.

—¡Cuidado! —advirtió un marinero, deteniéndose de pronto—. ¡Hay una especie de sima en el piso!

Slesar se detuvo y los demás componentes del grupo le imitaron. EL rumor que les había guiado hasta allí cesó. Entonces, Frank apagó su linterna y aguardó.

Al cabo de unos minutos, aquel sonido de zarpas volvió a dejarse oír.

—¡Viene de abajo, del fondo de ese pozo! —advirtió Slesar. Y encendió su linterna y se acercó con precaución al borde de la sima.

El chorro luminoso iluminó las paredes del pozo, de unos quince metros de profundidad. En el fondo, un extraño individuo de cabellos plateados y facciones lívidas arañaba violentamente la resbaladiza pared con sus uñas.

Slesar sonrió.

—¡Ya lo tenemos! —exclamó triunfalmente.

CAPÍTULO IX

—Es como una fiera rabiosa —rezongó el marinero, chupándose la sangre que brotaba de los abundantes arañazos de sus manos.

Acababan de sacar al prisionero del fondo de la sima. Para ello había sido preciso que los dos marineros arrojasen sus sogas al fondo del pozo y se descolgasen hasta allá, pues aquel desconocido que parecía albino se había negado tozudamente a subir por sus propios medios.

Ahora el prisionero yacía en el suelo, de bruces, y atados los musculosos brazos a la espalda.

Claire le contemplaba con curiosidad. Era un tipo de extraña apariencia, ciertamente. Aunque parecía un hombre de mediana edad, sus cabellos, sus cejas e incluso sus pestañas eran completamente blancos. Sus facciones eran triangulares y tenía una boca grande, dotada de espectaculares colmillos semejantes a las de los caníbales. Sus ojos, clarísimos, carecían de un color determinado, aunque cuando Slesar le volvió con dificultad boca arriba, sus iris reflejaron el color dorado de la luz de la linterna.

Era un hombre de dos metros de altura, esbelto y proporcionado, bien musculado. Los brazaletes de oro que rodeaban sus bíceps llamaron inmediatamente la atención de miss Harribad, que se inclinó con precaución y examinó desde cierta distancia el fino labrado de aquellas joyas, que describían símbolos mitológicos y guerreros.

—Fascinante —murmuró Claire.

Pero hubo de apartarse cuando Slesar se inclinó sobre el prisionero y le observó con una fría mirada.

—¿Así que tú mismo caíste en la trampa? —pronunció con ironía, al tiempo que examinaba con curiosidad la extraña vestimenta del desconocido, formada por una vieja coraza de cuero muy ajada y una

especie de *coulotte* de tela gris, muy basta—. Bien, será mejor que empieces a hablar ahora mismo. En primer lugar, tu nombre.

El gigante parpadeó, pero continuó mudo. Sus ojos soportaban sin esfuerzo la luz de la linterna y observaban los rostros de los presentes con curiosidad y miedo.

—No quieres hablar, ¿eh? Pretendes proteger a tus compañeros de correrías… Bien, te juro que hablarás.

Slesar se volvió hacia el coronel Harribad.

—Será mejor que salgamos de aquí cuanto antes, pues la linterna está casi agotada. A oscuras, vagaríamos durante horas y horas a través de ese laberinto antes de encontrar la salida… en el caso de que la hallásemos…

Slesar consultó su reloj de pulsera y ahogó una exclamación de sorpresa.

—¡Las cinco de la tarde! ¿Cómo es posible que hayamos permanecido aquí tantas horas sin apenas percibir el paso del tiempo? —exclamó asombrado.

—Vamos, salgamos a la superficie cuanto antes —instó el coronel—. De repente, acabo de descubrir que estoy hambriento.

—Y yo —respondió Claire—. Me siento exhausta.

Los marineros pusieron en pie al albino y le obligaron a caminar, de vueltas a la gran caverna central. Allí se orientaron y hallaron la galería por la que habían venido.

Llegar hasta la cueva de entrada les llevó media hora, a pesar de que caminaban aprisa, pues la luz de la linterna se extinguía rápidamente.

Estaba oscureciendo. De abajo llegaba el fragor del mar embravecido, lo que anunciaba que la tempestad lejos de apaciguarse iba en aumento.

Fue muy penoso hacer pasar al prisionero por la estrecha cornisa del espolón del risco. Los marineros tenían que llevarle en volandas y al mismo tiempo aferrarse con todas sus fuerzas a la soga que les servía de asidero, para evitar que las fuertes ráfagas de viento huracanado les arrojasen al mar.

Al fin, cuando todos pisaron la sólida roca de la superficie, Slesar dejó escapar un prolongado suspiro.

—No nos detengamos, por favor —pidió a sus compañeros—. El temporal se ha acrecentado y no estoy muy seguro de que el guardacostas esté aguardándonos todavía. ¡Aprisa!

Sin escuchar las protestas del coronel Harribad, le tomó por un

brazo y le obligó a caminar aprisa, mientras su hija le sostenía por el otro lado.

Por desgracia, los temores de Frank Slesar se cumplieron, pues cuando llegaron al acantilado en el que habían desembarcado por la mañana, encontraron la lancha *zodiac*, pero de la cañonera guardacostas no hallaron ni rastro.

A pesar de que Blood Island era como una larga escollera que protegía la bahía, la tempestad era tan fuerte que las gigantescas olas golpeaban violentamente contra los acantilados y el mar ofrecía un espectáculo dantesco y sobrecogedor.

—Se han marchado —dijo en un susurro uno de los marineros que sujetaban al prisionero—. Yo hubiera hecho lo mismo, pues la fuerte marejada hubiera lanzado la cañonera contra los rompientes.

De todas formas, Slesar les obligó a gritar a pleno pulmón, con la esperanza de que la embarcación se encontrase en aguas próximas. Incluso uno de los marineros disparó varias veces su pistola de bengalas. Las luces multicolores destellaron durante un minuto en las alturas y luego se extinguieron tristemente.

—¡Dios mío! —murmuró Claire, tiritando violentamente—. Una noche entera en estas soledades debe ser terrible…

Compadecido, Slesar rodeó los hombros femeninos con su brazo y la cobijó con ternura.

—Tranquilízate —susurró a su oído—. El comandante del guardacostas no iba a abandonarnos por las buenas. Si el temporal le ha obligado a retirarse, lo más sensato es imaginar que habrá informado inmediatamente a la Comandancia de Marina de nuestra situación. Vendrán a rescatarnos, ya lo verás.

El coronel asintió con un gesto. Sin embargo, no parecía muy esperanzado.

Claire se agitó en un violento escalofrío.

—¡Ojalá estés en lo cierto! —exclamó, sin poder evitar que sus dientes castañeteasen—. Pero se está haciendo de noche… ¿Cómo imaginas que podrían rescatarnos? Si una embarcación tan maniobrable y segura como la cañonera guardacostas se ha visto obligada a retirarse, ¿cómo se las arreglarán para sacarnos de aquí? —planteó.

Frank calló por unos instantes, pues de ninguna forma quería asustarla. Pero él mismo no se hacía muchas ilusiones, dadas las adversas circunstancias meteorológicas. Conocía la existencia de la *Rescue Patrol*, es decir la patrulla de rescate marítima, dependiente de la

Marina Mercante, que disponía de uno o dos pequeños helicópteros utilizados en los casos de naufragio. Por desgracia, se trataba de aparatos poco operativos y de muy corta autonomía, cuya eficacia para el rescate en medio del temporal era, cuando menos, dudosa.

—Bueno, no eres lo que podría decirse un consuelo —exclamó, dejando escapar una corta carcajada festiva—. En el peor de los casos, nos veríamos obligados a pasar una noche en Blood Island. Pero no temas: sobreviviremos. Podemos guarecernos en alguna de las numerosas cavernas, al abrigo de la tempestad.

Urgía tomar una determinación, pues el tiempo empeoraba por momentos. Aunque los impermeables les protegían de las frías ráfagas de lluvia —ahora sí llovía, torrencialmente—, la temperatura iba descendiendo. El coronel Harribad tosió secamente y se apretujó aún más contra su hija para soportar los embates del crudísimo temporal.

Slesar se separó del grupo y buscó un abrigo entre las rocas. Cuando lo encontró, todos se trasladaron allá y se cobijaron apretadamente en el agujero, incluido el prisionero, que se mantenía en imperturbable silencio.

Rápidamente llegó la noche. De cuando en cuando, Slesar abandonaba la cavidad protectora y escrudiñaba atentamente los oscuros nubarrones que galopaban por el sombrío firmamento. Al cabo, volvió al cobijo y se agachó junto a miss Harribad.

—¿Y los otros? —preguntó Claire, de improviso.

—¿Los compañeros de éste? —Frank señalaba al prisionero—. Imagino que esos contrabandistas estarán bien escondidos en el laberinto subterráneo. He pensado en ellos. Supongo que sería necesario todo un regimiento para desalojarlos de sus escondrijos.

La joven le apretó un brazo con fuerza.

—Frank, Frank, algo me dice que esos seres no son simples contrabandistas —susurró.

—¿Qué otra cosa, entonces?

—Reflexiona: unos contrabandistas se hubieran dado buena prisa en desaparecer, después de hallar el fabuloso tesoro que nosotros mismos hemos contemplado. Lo lógico es que hubieran cargado con el contenido de los dos cofres, y huir rápidamente después. ¿No lo entiendes así? —arguyó Claire.

Slesar no quería dar su brazo a torcer, pero finalmente hubo de admitir que los razonamientos de la joven eran correctos.

—Bien —respondió—. Supongamos que no son contrabandistas. En

tal caso, ¿qué hace un grupo de hombres escondidos en una desolada isla, con una fortuna cuantiosa al alcance de sus manos y vestidos de forma tan estrafalaria?

—No lo sé —contestó Claire, tras permanecer un instante silenciosa —. ¡Es todo tan misterioso! Sin embargo, puedo asegurarte que este hombre —señaló al prisionero— no es un simulador, un farsante. ¡Fíjate! Esa coraza es de auténtico cuero, endurecido al fuego, tal como lo hacían los artesanos romanos hace dos o tres milenios. Mira ahora esos brazaletes que lleva en los bíceps. Han debido estar ahí durante largos años, pues puede apreciarse la escoriación que han producido en su piel. Son brazaletes de oro macizo. Y los motivos grabados en el metal son exactamente iguales a los que utilizaban los orfebres en tiempos de los Césares…

Todavía estaba exponiendo sus argumentos ante un pasmado Frank Slesar, cuando éste se alzó vivamente y abandonó la sucinta caverna.

—¡¡Ahí, ahí arriba!! —le oyeron gritar—. ¡Vienen a rescatarnos!

Galvanizados por sus voces, todos abandonaron el cobijo y corrieron hacia la cúspide en la cual Frank Slesar agitaba los brazos y chillaba desaforadamente.

Unas luces rojas y verdes guiñaron entre las nubes. El rumor creció de volumen y las masas de vapor se agitaron violentamente allá en las alturas.

—¡Es un helicóptero, un helicóptero de la Armada! —se desgañitaba Slesar. Y les animó—. ¡Gritad, gritad conmigo! ¡Nuestros gritos pueden servirles de orientación!

Luego se divisó la silueta de «longaniza» del poderoso helicóptero. Arriba fulgió un foco tan potente que les obligó a protegerse los ojos con las manos. La blanca luz barrió la cima rocosa y arrancó destellos irisados de las ráfagas de lluvia desmenuzada.

Los marineros habían soltado a su prisionero y saltaban y gritaban estentóreamente. Impávido, el desconocido de los cabellos de plata les contemplaba con gran estupefacción.

Un momento después, el aparato se posaba sobre las rocas de Blood Island. La violencia del temporal decreció por breves minutos y los expedicionarios se dieron buena prisa en subir a bordo, sin olvidar a su prisionero.

Aprovechando la fugaz bonanza, el helicóptero se elevó y desapareció entre las nubes.

CAPÍTULO X

A las nueve de la mañana le despertó el insistente zumbido del teléfono.

Como había pasado una noche muy agitada, Frank se sintió molesto y desorientado en los primeros momentos. Hasta que su madre penetró en el dormitorio, le acarició tiernamente la frente y le amonestó:

—Frankie, el teléfono suena desde hace largo rato. Debes atenderlo.

Gruñó entre dientes, bostezó, se desperezó y extendió una mano hacia el aparato.

—Tienes que venir inmediatamente, Frank. El profesor Charles Rickerman está aquí.

Era la inconfundible voz de Claire Harribad. Una voz decididamente jovial, inquieta, plena de energías.

—¿Rickerman? ¿Quién es?

—¡Frank! —Claire se impacientaba—. Te hablé de ello anoche. Rickerman es profesor en Cambridge y el más afamado especialista en lenguas muertas. Se mostró muy interesado cuando le dije que nuestro prisionero sólo se expresaba en latín.

—¿Y qué? —murmuró Slesar, todavía adormilado.

—¡Dios mío! ¿Cómo puedes mostrarte tan indiferente ante un misterio tan apasionante? —protestó miss Harribad—. Llamé anoche a Rickerman y me dijo que estaría en Parrington a primeras horas de la mañana. Ha cumplido su palabra: acaba de llegar y está dispuesto a hacer de intérprete en el interrogatorio del prisionero. De modo que ya lo sabes: ponte bajo la ducha y ven inmediatamente a comisaría.

Frank bostezó sonoramente.

—No sé por qué decidirme —murmuró torpemente—. Si por tu

actitud orgullosa e indiferente de antes o la absorbente y testaruda de ahora. En fin, allá voy.

—No tardes —le recomendó la joven—. El interrogatorio promete ser apasionante. Por otra parte, ya sabes que mi padre no estará presente, lo que te permitirá llevar enteramente la iniciativa.

—Es un consuelo —respondió Slesar, sin el menor interés.

Pero se metió en la ducha, se afeitó y peinó rápidamente y se quemó la boca al ingerir la taza de ardiente café con leche que su madre le había preparado.

En comisaría, Claire Harribad se había instalado con admirable desparpajo en el despacho del jefe de policía de Parrington. Con ella estaba un caballero de unos sesenta años, cabellos grises, rostro barbilampiño y lentes de miope. Era el profesor Charles Rickerman, que fue presentado inmediatamente al inspector Slesar.

Tras observar disimuladamente a Rickerman, Frank encendió un cigarrillo y ordenó al agente Holliweelly que trajeran al detenido, el cual hizo su aparición poco después arropado por un viejo capote policial.

—Es un tipo contumaz, un rebelde —informó Holliweelly—. Anoche se negó a tomar la cena y esta mañana parecía dispuesto a aceptar el desayuno, pero apenas probó el tocino frito, lo escupió todo salvajemente.

Rickerman, de mediana estatura, parecía un pigmeo en comparación con el gigantesco albino. Holliweelly, que era muy corpulento, obligó al detenido a tomar asiento.

El agente se retiró unos pasos y Rickerman tomó asiento.

—Cuéntenmelo todo —pidió el profesor de Cambridge.

Fue Claire la que hizo un resumen de las actuaciones policiales desde el momento en que la señora Curtis denunciase a la policía el hallazgo de un hombre malherido en el interior de una cabina telefónica. Y al referirse al prisionero, explicó:

—Le interrogamos repetidas veces, pero permaneció inmutable hasta que se me ocurrió preguntarle en latín: «*¿Qui es tu?*» Entonces respondió en la misma lengua: «*Ego sum Cornelius Poredis, centurio Caesaris.*» Como le dije por teléfono, profesor, yo apenas recuerdo el latín de mis primeros años de estudios, pero comprendí fácilmente el significado de sus palabras. Este hombre declaró ser Cornelius Poredis, centurión del César. Por eso me permití solicitar su ayuda, profesor. Usted será el perfecto interlocutor de este hombre —explicó miss Harribad.

Mientras la escuchaba, Rickerman observaba al prisionero con profundo interés. Tras consultar con la mirada al inspector Slesar, pidió al agente Holliweellly que retirase el capote azul que cubría al detenido.

Sus ojos destellaron al contemplar las niqueladas esposas que unían las manos del prisionero.

—Por favor —rogó—. ¿No pueden retirarle esos grilletes? Me resulta muy violento entrevistarme con un hombre, aparentemente pacífico, que se encuentra encadenado.

Slesar dudó. Finalmente hizo una señal a Holliweelly y el agente sacó un llavero y libró al detenido de sus esposas.

Rickerman acercó su silla y se acomodó ante el que decía llamarse Cornelius Poredis. Inmediatamente comenzó a hablar en un latín fluido y tan rápido que Slesar —que sólo habla estudiado latín en su bachillerato— apenas pudo seguir las frases.

El rostro de Cornelius se alteró. Según pudieron advertir Frank y Claire, sus facciones se animaron hasta resplandecer.

Vieron como sus labios se despegaban, tragaba saliva y parpadeaba repetidas veces. Luego respondió al profesor tan fluida y velozmente como Rickerman se habla expresado en latín.

A cada pregunta del profesor, el detenido respondió largamente al tiempo que movía sus manos blancas de larguísimos dedos con gran expresividad.

Slesar, desorientado, miró a Claire, pero la joven parecía tan atraída por la conversación como los propios interlocutores.

Al cabo de unos quince minutos de preguntas y respuestas entre interrogador e interrogado, Frank no pudo resistir más y estalló.

—¡Basta! ¿No puede adelantarme algo sobre el *chau-chau* que mantiene con ese individuo? —preguntó.

Rickerman alzó la cabeza y le miró:

—Inspector Slesar, es algo sorprendente, inaudito. Este hombre se expresa en latín como sólo podría hacerlo un centurión romano del siglo I antes de Cristo. Conoce pormenores interesantísimos de la campaña romana en Britania, detalles que hasta ahora ignoraba la Historia. Créame, inspector: este hombre no miente. Es un militar de carrera, un oficial de las legiones romanas, educado y con una formación cultural espléndida. Acaba de referirse al Gran Círculo de Piedras de los antiguos druidas. Stonehenge, evidentemente. Dice que estaban acampados allí, tras una victoriosa batalla, cuando… Pero será mejor que siga interrogándole. ¿Me permite?

Slesar asintió, inconscientemente.

Un tanto despechado tras asumir su impotencia para seguir aquella viva conversación en latín, encendió un cigarrillo y se resignó a esperar, mientras Claire escuchaba como fascinada.

El prisionero parecía más y más animado a cada momento. Se diría que entre el profesor Rickerman y él se hubiera establecido una corriente de simpatía, de mutuo entendimiento y confianza.

Rickerman tenía un bloc entre las manos, en el cual tomaba rápidas notas, mientras el detenido se expresaba sin cesar.

El interrogatorio se extendió por algo más de dos horas, al cabo de las cuales Slesar se sentía al límite de su paciencia y también, hay que decirlo, de su irrefrenable curiosidad.

Finalmente, Rickerman cerró su bloc y miró al inspector.

—Este hombre está fatigado, casi al límite de la extenuación —anunció—. He logrado convencerle de que debe alimentarse… y ha accedido. Pero sólo aceptará verduras y frutas. Le ruego, inspector, que lo tengan en cuenta. El detenido quiere retirarse a descansar.

Slesar vaciló. Al fin, aplastó su apagado cigarrillo en el cenicero y asintió.

—De acuerdo —manifestó—. Puede llevárselo, Holliweelly.

El agente puso el capote sobre los hombros del extraño prisionero, le tomó por un brazo y le animó, por señas, a abandonar el despacho. El albino obedeció mansamente y se marchó con el policía.

Cuando miss Harribad, el profesor y Slesar quedaron solos, se hizo un silencio que pesó desagradablemente sobre los reunidos.

—¿Y bien? —rompió el silencio Slesar—. ¿Cuál es el resultado del interrogatorio?

Rickerman se acarició el mentón con su mano izquierda. Parecía pensativo.

—Pues verán —dijo—: Es muy posible que pongan en duda la veracidad del testimonio del hombre que acaba de marcharse. Incluso para mí, hombre abierto a los descubrimientos más insólitos, resulta sorprendente el relato de Cornelius Poredis.

—¿Qué dijo? —le interrumpió Slesar con escasa cortesía.

Rickerman consultó su bloc de notas. Luego alzó lentamente los ojos y los clavó alternativamente en Claire Harribad y el inspector Slesar.

—Aún a riesgo de que me llamen loco, les diré que yo creo literalmente el testimonio de Cornelius Poredis. Él ha afirmado que fue centurión de las legiones de César hace… hace veinte siglos. Y yo debo

creerle por diversas razones.

—¿Qué razones? —le acosó Slesar.

—En primer lugar, no conozco a ningún políglota capaz de expresarse en latín con la corrección y expresividad con que lo ha hecho este hombre. Ha mencionado datos exhaustivos en relación con la campaña romana en las Islas Británicas, ha citado a pensadores, literatos y personajes reales de aquella época e incluso ha relatado para mí pormenores desconocidos de la fácil conquista romana de nuestro país. Además… No sé si habrán advertido que he tratado de tentarle expresándome en otras lenguas actuales, pero su expresión de desconocimiento total era evidente…

Slesar se puso violentamente en pie.

—Pero… ¡es imposible! Si ese tal… Cornelius Poredis vivió hace veinte siglos… ¿cómo puede explicarse que esté hoy vivo? —explotó.

Antes de responder, Rickerman consultó sus notas. Acariciándose levemente ambas manos, respondió:

—Cornelius parecía confuso, en principio, en cuanto a esa cuestión. Pero después me dio una explicación que, aunque increíble, se me antoja plausible. ¿Quieren escuchar su relato?

—Es lo que estamos esperando —exclamó Slesar, dominado por la impaciencia.

CAPÍTULO XI

TRAS la victoriosa batalla de Ingar-Thatory, librada en los páramos próximos al Gran Círculo de Piedras, las legiones romanas habian acampado junto a los hitos enhiestos en forma circular.

Aquel circo formado por ciclópeas moles pétreas había atraído desde el principio al centurión Cornelius Poredis. Hasta el extremo de que, pudiendo haber erigido su campamento en el antiguo castro indígena que dominaba el páramo, se decidió finalmente por establecer su vivac junto al fabuloso hito astronómico de los druidas.

Dos legiones habían partido esa mañana hacia el presidio de Antracius (actual condado de Corck) escoltando a setecientos británicos y normandos, por lo cual en el campamento romano apenas quedaban dos centurias de milites romanos, al mando del centurión Cornelius Poredis, llamado entre sus huestes Junior Victoriosus.

Al anochecer, la luna llena iluminó con claridad de plata el misterioso Gran Círculo de Piedras (Stonehenge). La luz del astro lunar caía en oblicuo sobre los soberbios megalitos y proyectaba un atractivo conjunto de sombras, claroscuros y rectángulos luminosos sobre el piso polvoriento.

Cornelius estaba extasiado. Estudioso de las ciencias matemáticas y de la Astronomía, su fantasía forjaba aquella noche mágica toda suerte de imágenes prodigiosas.

«No me sorprendería que los dioses descendiesen esta noche sobre el Gran Círculo de Piedras y nos honrasen con su presencia. Cualquier cosa podría ocurrir en este prodigioso lugar», pensó.

Del campamento próximo, llegaban las risotadas y las canciones bélicas de sus soldados, los cuales se entregaban aquella noche a la borrachera tras largas jornadas de incansable guerrear.

También Cornelius hubiera podido entregarse al placer, bien merecido después de la victoria. Sus soldados le habían traído a una doncella bretona, una virgen de quince años, de expresión dulce y femeninas formas incipientes. Era su prisionera y por tanto una esclava, sobre la que el jefe victorioso tenía todos los derechos. Pero Cornelius ordenó que la instalasen en su propia tienda, que la alimentaran convenientemente, le ofrecieran vestidos decorosos y le permitieran descansar libremente.

—No profanaré el cuerpo de esa niña —se prometió a sí mismo el centurión—. Si se tratase de una mujer en sazón, quizá me esforzase en conquistarla. Pero la esclava normanda sólo es eso: una niña asustada.

No había descansado, ni siquiera había saciado su hambre. Cuando sus soldados instalaron el campamento, Cornelius se limitó a abluciones con agua fresca y a cambiar sus sudorosas ropas por otras limpias y frescas. Y cuando salió la luna e iluminó el Círculo, el centurión abandonó su cómoda tienda de campaña y se dirigió lentamente hacia los megalitos, incapaz de resistirse a aquella atracción mágica.

Sentado sobre un bloque de piedra, había asistido, maravillado, a la lenta ascensión del disco lunar, la prodigiosa diosa Selene.

A lo largo de los meses que llevaba en Britania, el centurión había escuchado prodigiosas historias relacionadas con el Círculo Mágico. Un pastor británico le había confiado que los druidas poseían poderes y artes supremas para adivinar el futuro, para curar las enfermedades más perniciosas, para dotar a los elegidos de fuerza y clarividencia increíbles a base de misteriosas pociones que sólo los sacerdotes iniciados en el antiguo culto religioso podían dominar.

En Pelegaion, sus huestes habían apresado a un anciano de venerables y blanquísimas barbas. Era un sacerdote druida, según él mismo confesó.

Cornelius dispuso que el anciano fuera respetado y tratado con toda suerte de consideraciones. A los pocos días, el centurión se había ganado la confianza del druida, al que consultó ávidamente:

—Dime, venerable Hallaran: ¿qué es lo que me depara el porvenir? ¿Es posible que puedas escrutar los arcanos del futuro?

El druida asintió. Una misteriosa sonrisa se insinuó en sus delgados y resecos labios. Luego extrajo algunas hierbas de un saquito de piel de gamo y arrojó algunas briznas al fuego.

En actitud de profunda concentración, con los párpados firmemente apretados y con la actitud de aquel que ha caído en trance, murmuró:

—Cornelius, Cornelius, estás llamado a conocer el amor y el placer, a penetrar en la sabiduría y a gozar de la longevidad. En plena gloria, conocerás a una mujer que arrebatará tus sentidos y te abrirá el camino al Universo. Pues, óyelo bien: la Nave Iridiscente te arrebatará de la Tierra y a bordo de ella conocerás todo el Universo.

Incrédulo, pero dominado por la curiosidad, Cornelius insistió:

—¡Sigue, sigue, Hallaran!

Pero el druida cayó en postración y ni una sola palabra volvió a brotar de sus labios. A la mañana siguiente, el centurión le halló muerto sobre el lecho que habían dispuesto sus soldados para el anciano sacerdote druida.

En plena efervescencia de la acción guerrera, Cornelius se olvidó de los vaticinios de Hallaran.

Sin embargo, esta noche Cornelius volvía a rememorar las predicciones del viejo druida. Bañado por la luz de la luna, el centurión deseó fervientemente que aquellos enigmáticos augurios se cumplieran. ¡Conocer el Universo…! En una noche tan hermosa como aquélla, cualquier prodigio podía tener lugar.

Los rumores que provenían del campamento se iban atenuando a medida que la luna ascendía en el terciopelo azul grisáceo del firmamento. Y a la vez que se apaciguaban las voces de los soldados, el centurión comenzó a percibir aquella voz dulcísima y melodiosa que surgía de algún lugar ignorado.

Movido por un impulso irresistible, se puso en pie y avanzó hacia el centro geométrico del círculo de megalitos. La luna bañaba esplendentemente la tierra apisonada, pero Cornelius era incapaz de hallar a la persona que seguía cantando la sugerente melodía.

Luego… fue como una aparición. La atrayente silueta femenina asomó entre dos megalitos al contraluz de la luna. Cornelius se detuvo en seco, pasmado de asombro y admiración.

Era una visión celestial. Envuelta en sutiles gasas azuladas, la diosa avanzó hacia el centro evolucionando armoniosamente al son de sus propios cánticos.

A contraluz, era evidente que la maravillosa criatura estaba desnuda, a excepción de los transparentes tules.

Una figura ideal, una silueta perfecta, impecable. Su voz crecía y crecía y su danza se animaba al compás de la sugestiva canción.

Súbitamente, la diosa se detuvo y enmudeció. Sus manos quedaron en alto y su silueta pareció petrificarse instantáneamente.

Cornelius experimentó una angustiosa opresión en el pecho. Pero sólo fue un momento: los breves instantes que transcurrieron antes de que la ideal silueta femenina se animara de nuevo y avanzara paso a paso al encuentro del hombre.

A tres pasos de distancia, Cornelius aspiró el aroma embriagador que exhalaba el cuerpo de la mujer. Instintivamente tendió los brazos hacia ella. Por un momento, temió que la diosa retrocedería y huiría, asustada, para fundirse inexorablemente en las sombras. Por eso el pecho del centurión se dilató al comprobar que ella seguía allí, en la actitud de quien espera confiado.

Y luego, casi mágicamente, sus dedos entraron en contacto y el soldado experimentó una sensación dulcísima, penetrante, voluptuosa. Y deslizó sus manos sobre la cintura y abarcó un talle tibio y turgente. Y…

—¿Quién eres tú, oh, diosa? —preguntó anhelante.

La abrazó desesperadamente antes de que llegara la respuesta. Y ella no sólo no huyó, sino que se plegó a la caricia y correspondió íntimamente.

—Yo soy Karima, la Enviada —respondió ella en un susurro—. He venido a por ti, Cornelius.

El centurión se separó vivamente de ella.

—¿Cómo? ¿Me conoces? —preguntó, pasmado de asombro.

—Sí. Te conozco desde hace centenares de años. Ya he hablado: he estado esperándote. ¿Vas a venir conmigo?

—¿Adonde? —preguntó el hombre, ávido y al mismo tiempo temeroso.

En la serenidad de la noche, resonó la risa musical de la diosa.

—¡Oh, no debes temer! Te lo mostraré todo. Ven.

Y la siguió. Sin condiciones.

La diosa se le entregó en el prado húmedo. Apasionadamente, Cornelius la hizo suya y la amó por largo tiempo, pero —extraña desazón— por más que experimentara intensos placeres voluptuosos, su deseo no se vio saciado.

Y ella sonreía, próxima y propicia. Pero cuando el centurión quiso amarla una vez más, ardoroso y sediento, ella arregló sus tenues vestiduras y se incorporó, ligera.

—Ahora debemos emprender el viaje —dijo—. Ven, sígueme.

Cornelius dirigió una rápida mirada hacia el castro romano. Las luces se hablan apagado. ¿Por qué? Tendría que disciplinar a sus

soldados: Cornelius había ordenado tajantemente que se mantuviera la vigilancia nocturna y que el campamento debía permanecer convenientemente iluminado durante la noche.

Pero Karima, La Enviada, le había tomado por una mano y le arrastraba rápidamente hacia algún lugar situado al sur. Caminaron durante un rato sobre la pradera de trébol y luego remontaron la ligera pendiente que llevaba a una colina de mediana altura.

—¡Espera, espera! —suplicaba Cornelius. Pero la diosa parecía tener alas en los pies y le arrastraba incesantemente, siempre hacia arriba.

Luego se detuvieron en la cima. El centurión percibió un destello lechoso, de tonalidades cambiantes. Y al fin, en el fondo de la hondonada, descubrió el largo y atrayente objeto plateado, el cual exhalaba aquella claridad evanescente e irisada.

—¡La Nave Iridiscente! —exclamó Cornelius, recordando los vaticinios del druida Hallaran—. ¿Es ése nuestro destino?

La diosa asintió con leve gesto.

—Sí. Vendrás conmigo y conocerás todos los Arcanos —prometió ella.

Advirtiendo que el centurión se resistía a dejarse llevar hacia abajo, preguntó:

—¿Qué temes?

—¡Mis soldados! Yo soy su jefe y no puedo abandonarlos a su suerte —respondió Cornelius, sin disimular su inquietud.

Pero Karima sonrió hechiceramente.

—Ah, era eso. Puedes desechar tus temores. ¡Mira hacia abajo! ¿Qué es lo que ves?

Cornelius obedeció. Y vio la larga hilera de los milites que descendían hacia la hondonada acompañados por otras jóvenes diosas tan bellas como Karima. Los soldados caminaban alegremente, entonando sus cantos guerreros.

—¿Ves? Van por su propia voluntad, confiados y alegres —arguyó Karima. Y le arrastró definitivamente hacia la gran Nave Iridiscente de bruñido metal.

Cuando Cornelius penetró en aquel mundo nuevo y subyugante, decidió íntimamente:

—Parece evidente que debo sentirme satisfecho, pues no soy otra cosa que un elegido de los dioses. Si ha de ser así, ¡viajemos felices hacia el Olimpo!

* * *

—Paparruchas —gruñó Slesar, fastidiado.

El profesor Rickerman no consiguió ocultar su disgusto.

—¿Insinúa que he mentido a propósito? —inquirió severamente.

—Discúlpeme, profesor —respondió el policía—. No quiero decir que usted mienta, sino que se ha dejado embaucar por ese pretendido centurión —reflexionó un momento, ocultando el rostro entre ambas manos y luego estalló en una risita que no presagiaba nada bueno—. ¡Dos centurias romanas arrebatadas por una astronave extraterrestre, que devuelve a los soldados a esta bendita Tierra… dos mil años más tarde! —se burló. Miró inquisitivamente al erudito de Cambridge y formuló—: Dígame, profesor: ¿cómo puede explicarse que unos individuos normales y corrientes puedan alcanzar los dos mil años de edad? Cornelius, por ejemplo, representa unos cuarenta y cinco años, a pesar de sus canosos cabellos.

Rickerman no respondió inmediatamente.

Mas, al cabo, respondió con severidad:

—Inspector Slesar, yo no puedo darle una contestación plausible ahora mismo. Sin embargo, existen modernas teorías que tratan de explicar determinados fenómenos relacionados con la *cuestión tiempo X velocidad*. Incluso se han llevado a cabo algunas experiencias secretas por los Estados Unidos y la Unión Soviética. En cualquier caso, yo me he limitado a servirles de intérprete. No he añadido nada a lo que ese hombre me ha dicho. Lo demás es cuestión suya, inspector. Si no necesitan ya de mi ayuda, yo…

Parecía verdaderamente enfadado y Claire tuvo que intervenir para apaciguarle.

—Frank no ha pretendido ofenderle, profesor Rickerman. Simplemente, se siente tan desorientado como yo misma. Y, créame, le estamos muy agradecidos por su ayuda, que yo juzgo inestimable en este caso.

La actitud del profesor cambió.

—Lo siento, profesor —añadió Slesar—. Creo que no me he comportado de la forma más conveniente. Le ruego que me disculpe.

—No tiene importancia —respondió Rickerman de buen grado—. Comprendo que se sienta nervioso. Para ser sincero, también yo me siento muy impresionado después de escuchar a ese hombre. Sobre todo si se valoran sus últimas palabras.

—¿A qué se refiere, profesor? —intervino, veloz, miss Harribad.

—Cornelius afirmó que, durante cierto tiempo, él y sus compañeros de armas estuvieron viajando incansablemente a través del Cosmos. Describió sucinta pero brillantemente su arribada a otros mundos y citó las cosas maravillosas, increíbles, que había conocido. Luego se mostró triste. A mis preguntas, respondió que finalmente tanto él como sus compañeros de odisea habían advertido cómo empezaban a envejecer y sentido la nostalgia de volver a su ambiente natural, el planeta Tierra, de donde fueron arrancados, aunque no por la fuerza. Cornelius se refirió siempre a los seres que tripulaban la Nave Iridescente como a seres superiores, es decir: dioses. Quizá porque para la mentalidad de un ciudadano romano del siglo I a.C. portentos tales como el de una nave capaz de surcar los cielos sólo podía ser obra de dioses. Cornelius manifestó sus deseos al Guía, el supremo Warkán, el cual les concedió la gracia de volver a su lugar de origen. Aunque con una condición.

—¿Cuál? —preguntó ávidamente Claire Harribad.

—Que podrían volver a surcar los cielos a bordo de la Gran Nave si las condiciones de vida de la Tierra les eran adversas —contestó Rickerman—. Y eso es precisamente lo que ha sucedido.

—¿Qué quiere decir? —quiso saber el profesor Slesar.

—¿No lo comprenden? Para el centurión y sus soldados, su viaje estelar sólo duró unos diez o quince años, pero la Tierra envejeció *dos mil.* Las Islas Británicas que ellos conquistaron, la Tierra entera ha evolucionado, así como sus habitantes. Y ahora esos romanos de dos mil años de edad se sienten desplazados, marginados, extraños en su propio planeta. Cornelius y sus soldados fueron depositados en Blood Island, donde se cobijaron durante algunos días. Accidentalmente, hallaron unos cofres sepultados en el fondo de un estanque subterráneo, los cuales contenían una verdadera fortuna. Los romanos conocían el valor del oro, la plata y las gemas y decidieron utilizar el tesoro para adquirir provisiones y vestidos. Con unas maderas que el mar arrojó sobre el litoral, construyeron un rústico bote y se trasladaron a tierra firme. Lo que hallaron les dejó estupefactos: nada era igual a lo que ellos habían dejado al partir. Las gentes se expresaban en un idioma bárbaro (para citar sus propias palabras) e incomprensible; se mofaban de ellos y les ahuyentaban, incluso por la violencia. Tuvieron que robar furtivamente en algunas tiendas y almacenes. Se sentían tan temerosos que decidieron trasladarse a la más próxima ciudad (Parrington) a través de las cloacas que desaguan en el Debonon River. En suma, vivían una existencia precaria y temerosa, solitaria y triste, por lo que finalmente

Cornelius cayó en postración e imprecó la ayuda de los dioses. Y su llamada no cayó en el vacío.

—¿Quiere decir que esa fabulosa nave volvió a recogerlos? —inquirió Claire, conteniendo el aliento.

—Según Cornelius, la Nave Iridiscente se posó sobre Blood Island y Warkán descendió a las profundidades para entrevistarse con ellos, unos ciento cuarenta soldados romanos —relató Rickerman—. El Guía escuchó sus quejas y comprendió el estado de ánimo de aquellos hombres, extraños en su propia tierra. Pero, antes de atender sus súplicas, Warkán decidió comprobar la verdad por sí mismo. Por desgracia, Warkán no era un dios, como Cornelius y los suyos suponían y murió accidentalmente.

—¿Cómo, cuándo? —preguntó Slesar.

—Atropellado por un furgón de reparto, en Parrington, hace pocos días —declaró el profesor—. Según ustedes mismos han testimoniado, el hombre que le atropelló era un tal Sam O'Hara.

—Dios mío —murmuró Claire con un hilo de voz.

Se produjo una pausa. Luego, Rickerman añadió:

—El centurión y sus soldados decidieron rescatar el cadáver de Warkán. Lo consiguieron y lo llevaron a Blood Island, pero la Nave había desaparecido, por lo cual al comprobar que el cadáver de Warkán comenzaba a descomponerse, optaron por sepultarlo en el mar. Ahora… Bien, el hombre que ocupa una celda en los calabozos de esta comisaria sólo espera que ustedes le dejen en libertad para poder volver a Blood Island, donde aguardarán desesperadamente la Nave que les lleve lejos de este mundo, al que consideran incomprensible, desquiciante y hostil.

Slesar reflexionó sobre aquel punto.

—¿Dejarle en libertad? Yo no puedo hacer algo semejante, porque a pesar de esa extraña, alucinante e increíble historia, el detenido sigue siendo un sospechoso para nosotros —se justificó.

Una curiosa expresión se dibujó en el austero semblante de Rickerman.

—¿Sospechoso? —planteó—. ¿Sospechoso de qué, si puede saberse?

Slesar iba a decir algo, pero se cortó bruscamente. Al cabo, un tanto desorientado, dijo:

—Bueno… Cornelius y los demás robaron un cadáver de la morgue de Parrington, ¿no? —Ya más seguro de sí mismo, añadió—: Robar un cadáver es un delito penado por nuestras leyes.

Charles Rickerman esbozó una mueca escéptica.

—Penado por nuestras leyes, pero no por las de ellos. Mire, Slesar, moralmente ellos son inocentes. En Warkán, tenían a un protector. Consideraron que su deber ético era rescatar su cadáver. Y eso fue precisamente lo que hicieron. Luego no cometieron ningún delito.

Slesar se agitó desazonado.

—Es curioso —expresó—. Estamos tratando este asunto como si esa alucinante historia constituyese una serie de hechos comprobados. Me parece…

Rickerman se irguió.

—Personalmente, cada vez estoy más seguro de que Cornelius ha dicho la verdad —confesó con su habitual seriedad.

Slesar miró incisivamente a Claire Harribad.

—¿Y tú? —murmuró, despechado.

La muchacha se mordió los labios.

—Lo siento, Frank —respondió—, pero estoy de acuerdo con el profesor. Si todo es como el detenido ha relatado, esa pobre gente no es ya de este mundo. ¿Por qué no lo dejas en libertad? Si lo deseas, podemos seguirles discretamente, espiar sus movimientos, acechar lo que ocurre en Blood Island…

—No soy yo quien puede decidir eso, sino tu padre. ¿Por qué no le planteas la cuestión? —propuso el policía.

CAPÍTULO XII

CLAIRE se puso impulsivamente de pie.

—Debe estar muy fatigado, profesor —miró a Rickerman con afecto y agradecimiento—. Le acompañaré a su hotel. ¿Ha reservado ya habitaciones?

El profesor titubeó. Parecía desorientado ante aquella pregunta.

Miss Harribad sonrió, comprensiva.

—No importa. Supongo que tenía tanto interés en este asunto, que se le olvidó gestionar la reserva. Pero no se preocupe: conseguiré para usted la mejor *suite* del hotel *Empire*. ¿Quiere venir conmigo?

Rickerman asintió. Tomó su sombrero, su bastón y su maletín y caminó hacia la puerta en pos de miss Harribad. Ya allí se volvió.

—Inspector Slesar…

—¿Sí, profesor?

—Es posible que Cornelius pueda decirme aún muchas cosas que desconocemos. ¿Podría volver a entrevistarme con él? —solicitó con timidez.

Frank asintió. Una sonrisa irónica distendía sus labios.

—Desde luego. Venga cuantas veces quiera. Parece que… ese hombre confía en usted —observó. Y añadió rápidamente—: os daré instrucciones a los policías de servicio para que le dejen pasar.

—Gracias —respondió Rickerman. Y esbozando un saludo, abandonó el despacho en compañía de Claire Harribad.

Slesar se dejó caer sobre el asiento del coronel Harribad. Sus dedos acariciaron la suave piel de los reposabrazos, mientras acariciaba igualmente la esperanza de que algún día podría ocupar aquel despacho.

Pensando en ello, decidió que lo mejor sería consultar con su jefe. Pero no llegó a alzar el teléfono, pues recordó que Lorne Harribad permanecía en cama por prescripción médica.

¿Qué podía hacer para hallar una solución para tan complicado asunto? De momento, y en cuanto llegó aquella mañana a comisaría, había dado instrucciones para que todo el personal de servicio estuviera disponible. Era preciso volver a Blood Island, registrar minuciosamente las galerías subterráneas y hallar a los compañeros de Cornelius. De todas formas, para una operación de tal envergadura, debería contar con la ayuda de las autoridades de Marina.

Llamó por teléfono a los servicios meteorológicos de la costa y supo que las condiciones del mar en las proximidades de Blood Island seguían siendo adversas. Imposible llegar allá en barco.

Una consulta a la comandancia de Marina le dio la seguridad de que podía contar con el helicóptero que les había rescatado de los abruptos riscos de Blood Island.

Pidió un café a Holliweelly y, mientras lo bebía a pequeños sorbos y fumaba un cigarrillo, recordó alarmado que aún no había informado a las autoridades de Tesorería del hallazgo de un tesoro en Blood Island y decidió que lo mejor sería llamar al superintendente Carmody, en el Yard de Londres. A Carmody le unía una vieja amistad y el superintendente se haría cargo de las gestiones precisas.

Pero mientras pensaba en todo esto, zumbó uno de los dos teléfonos que tenía sobre la mesa.

Reconoció inmediatamente aquella voz masculina. Quien le llamaba era *sir* Ralph Dundee, alcaide de la prisión de alta seguridad de Farmoor, situada en el condado de Parrington, a unos quince kilómetros de la ciudad.

—Dígame, *sir* Ralph.

—¿Slesar, verdad? He intentado comunicarme con el coronel Harribad, pero me han dicho que guarda cama. De modo que tendrá usted que hacerse cargo de este asunto, Slesar.

—¿Qué asunto exactamente?

—Una fuga. Treinta y dos presos condenados a cadena perpetua han conseguido escapar de la prisión a últimas horas de la madrugada. Permanecían aislados en el pabellón de máxima seguridad, vigilados día y noche, a pesar de lo cual han conseguido fugarse.

Slesar se mordió los labios, nervioso. ¿Una preocupación más que añadir a los asuntos que llevaba entre manos?

—¿Cómo es posible? —indagó.

—Aún no lo sabemos muy bien, pues mi primera reacción ha sido organizar la persecución con todos los agentes disponibles y una docena de sabuesos amaestrados. Incomprensiblemente, los perros perdieron la pista en medio del páramo. De todas formas, mis hombres han registrado más de cuarenta kilómetros cuadrados de tierras de labranza y granjas, pero todo ha sido inútil. No han conseguido alcanzar a los fugitivos.

Slesar reflexionó unos instantes.

—Esos presos, ¿son peligrosos? —quiso saber.

—Los más peligrosos de todo el país, con historiales que harían estremecer al policía más endurecido. Pendencieros, violentos, rebeldes e irreducibles. Por eso fueron separados del resto de los condenados y aislados en el pabellón de máxima seguridad —respondió *sir* Ralph.

—Bien. Alertaré a los jefes de policía de los condados vecinos y me pondré en camino hacia Farmoor. —anunció.

—Se lo agradezco. Créame, inspector, estoy muy preocupado. Los fugitivos componen la hez de las prisiones de Su Majestad. Hombres abocados a envejecer en prisión y, por tanto, capaces de cualquier salvajada antes de ser aprehendidos. Se lo ruego, no tarde —pidió el director de Farmoor.

Slesar abandonó rápidamente su despacho y encargó al sargento McDonald que reuniese a todos los policías disponibles, en total unos treinta agentes. El inspector Slesar les informó en pocas palabras de la situación, tras lo cual tres policías bajaron a las perreras para hacerse cargo de los perros amaestrados en la persecución de fugitivos.

Hacia las doce del mediodía, el contingente policial abandonó Parrington en dirección a la penitenciaria de Farmoor, situada al sur.

Quince minutos después, Slesar se entrevistaba con el alcaide de la prisión, para entonces, *sir* Ralph Dundee había llevado a cabo un descubrimiento importante: durante el último turno de guardia, todos los centinelas se habían dormido en sus puestos. Las averiguaciones realizadas por el propio *sir* Ralph y sus oficiales más experimentados les llevaron a la conclusión de que el café que los funcionarios habían tomado a las cinco de la mañana contenía una alta dosis de somníferos, robados, probablemente, del botiquín de la enfermería.

El preso encargado de la cocina de los funcionarios fue interrogado en presencia de Slesar. Aquel individuo de unos cuarenta años, delgado y calvo, se resistió al principio, para terminar confesando a los pocos

minutos.

—Fue Barry Balsam, el preso auxiliar del doctor Greenwood. Me entregó doscientas libras a cambio de diluir unos tubos de comprimidos en el café de los funcionarios y centinelas —declaró.

Balsam llegó poco después, acogotado por dos forzudos funcionarios. Era un hombre de treinta años, de cabellos rizados y aspecto afeminado. Se echó a llorar en cuanto *sir* Ralph pronunció sus acusaciones.

—Fue anteanoche. Al ir a acostarme, encontré un sobre bajo mi almohada. Dentro había un fajo de billetes, mil libras en total, y una nota explicándome lo que tenía que hacer. Juro que jamás hubiera aceptado robar los somníferos ni aceptar dinero, pero en la nota los del pabellón de seguridad me amenazaban de muerte. Estaba tan asustado, que me las arreglé para convencer a Rubber, el preso encargado de la cocina de oficiales…

Slesar no perdió el tiempo. Pidió a *sir* Ralph que le guiasen al pabellón de máxima seguridad.

—No conseguirá nada, ya lo hemos inspeccionado hasta quedar exhaustos —respondió Dundee—. Sabemos aproximadamente cómo consiguieron fugarse. Fue fácil, puesto que los funcionarios del pabellón y los centinelas del doble recinto estaban dormidos. Con un gancho, atrajeron hasta una celda el cuerpo inerme del funcionario encargado de las llaves. Después… todo debió ser muy fácil. Anularon la cámara de televisión del circuito cerrado de vigilancia y la central de alarma. Del almacén situado en el patio, robaron una escalera ligera, con la que alcanzaron el primer muro. Subieron, tendieron la escalera de un muro a otro y se descolgaron. Después, huyeron.

—El pabellón de seguridad no me interesa en particular —explicó Slesar—. Pero necesitamos algunas prendas de ropa pertenecientes a los fugados para dar a oler a nuestros perros policías.

Fue fácil, porque los fugitivos se habían desprendido de sus uniformes carcelarios antes de emprender la huida. De modo que los policías seleccionaron algunas prendas de ropa y abandonaron Farmoor.

—Le tendré informado a través de la radio —prometió Slesar a *sir* Ralph. Y se despidió de él.

Cuando se acomodó en un «Land Rover» dotado de radio de largo alcance, la lluvia difuminaba la llana extensión de la campiña. Resonaron los nerviosos ladridos de los perros policías y el contingente policial se puso en marcha.

En principio, era fácil seguir las numerosas huellas de los fugitivos,

pues la tierra —labrada en algunos parajes-estaba blanda después de empaparse con la lluvia caída en los últimos días.

«*Incomprensiblemente, los perros perdieron la pista en medio del páramo*», había citado *sir* Ralph. Por eso, Slesar había dado instrucciones concretas a los policías encargados de los soberbios pastores alemanes: «Impidan que nuestros animales caminen sobre las huellas de los fugitivos. Hay un viejo truco para anular el olfato de los perros: espolvorear pimentón picante o cayena sobre el rastro.»

Siguiendo las huellas a alguna distancia, hubieron de rodear una zona pantanosa en la que crecía un arrozal. Sin embargo, los fugitivos habían cruzado el pantano, con un objetivo práctico: difuminar su rastro en la plantación.

Los perros policías ladraron furiosamente al otro lado del arrozal. Allí, las huellas eran tan claras que hasta un niño hubiera podido seguirlas. Los fugitivos se dirigían hacia el oeste. ¿Pensaban llegar hasta la bahía?

—Es posible que los fugitivos cuenten con ayuda del exterior —reflexionó Slesar—. Con esta lluvia, una embarcación a motor podría acercarse a la orilla y recogerles.

En consecuencia, se comunicó por radio con la comisaria de Parrington y encargó al sargento McDonald que alertase a los guardacostas.

A la una y media del mediodía, los policías de Parrington perdieron las huellas de los presidiarios en un roquedal. Slesar hizo una prueba: ordenó a uno de los agentes que atravesase el roquedal con su perro amaestrado. Inmediatamente, el animal encontró nuevamente el rastro y se lanzó decididamente hacia el oeste, a través del desolado páramo.

Poco después, descubrían una destartalada granja. Había numerosas huellas de lodo sobre el piso de madera. Encontraron también colillas de cigarrillos, un paquete arrugado y unas latas vacías de conserva, todo ello muy reciente.

Los policías abandonaron la granja inmediatamente y, guiados por los perros, reencontraron las huellas de los fugitivos, que se dirigían ostensiblemente hacia la bahía.

En efecto, hacia las tres de la tarde, los perseguidores descendieron a la playa y hallaron numerosas huellas de pies —muy frescas— sobre la húmeda arena.

Parecía evidente que los presidiarios se habían hecho a la mar en alguna embarcación que estuviera esperándoles. Sin embargo, según

pudo comprobar Slesar, el estado de la mar era tan violento que sólo unos desesperados se hubieran arriesgado a embarcarse.

—Es posible que su embarcación se haya ido a pique —reflexionó Frank, contemplando las monstruosas oías que venían a morir sobre la playa.

No obstante, recorrieron varios kilómetros de playa, tratando de encontrar algún vestigio. No hallaron nada y ya se disponían a volver, cuando avistaron entre las olas una cañonera guardacostas que patrullaba con dificultad la bahía.

Slesar se comunicó por radio con su comandante.

—No hay ninguna novedad, inspector. Recibimos una llamada de la comisaría y nos hicimos a la mar, a pesar de que las condiciones son adversas. Hemos contorneado Blood Island, pero no hemos advertido nada anormal. No hay una sola embarcación en estas aguas. Verdaderamente, sería de locos navegar con este tiempo.

Slesar mostró su agradecimiento al comandante de la cañonera y dio órdenes a la patrulla de volver a Parrington.

Eran las cinco de la tarde cuando, cansado y hambriento, penetró en la comisaría. Y en cuanto vio al sargento McDonald tan pálido y descompuesto, comprendió que había ocurrido algo anormal.

—El preso —murmuró McDonald, contrito—. Se ha fugado.

CAPÍTULO XIII

SI esperaba que el inspector prorrumpiese en una sarta de improperios, McDonald debió llevarse un chasco, porque Slesar se limitó a sonreír con ironía.

—Está bien. Explícame cómo ocurrió —demandó.

—Yo… Bueno, ya sabes que me veo obligado a acudir con frecuencia al W.C. desde que me operaron de prostatitis —respondió a modo de disculpa—. Bien. Ese caballero, el profesor Rickerman, volvió a comisaría a eso de las dos del mediodía. Me preguntó si el detenido había ingerido alimentos y se mostró muy satisfecho cuando respondí afirmativamente. Luego dijo que deseaba entrevistarse nuevamente con el preso. Como tú le habías autorizado, no tuve inconveniente. Cogí las llaves y le acompañé hasta los calabozos. El preso había dado muestras de abatimiento e indiferencia desde que llegó aquí, pero se animó ostensiblemente cuando vio aparecer al profesor. Abrí la reja y Rickerman entró y se sentó junto al detenido, en el camastro. En seguida comenzaron a hablar con gran animación, pero yo no entendía nada y volví al cuerpo de guardia para estar cerca de la radio. Poco después, sentí una acuciante necesidad de orinar y abandoné mi puesto por unos minutos…

—¿Cuándo advertiste la fuga?

—A las cuatro de la tarde. Rickerman llevaba ya dos horas en la celda del detenido y me pareció prudente echar una ojeada. Asombrado, comprobé que la celda estaba vacía, a pesar de que el cierre estaba echado. Busqué las llaves para entrar e investigar, pero descubrí que precisamente me faltaba la llave de aquella celda. Intenté comunicarme contigo por radio, pero no lo conseguí. Al parecer, comunicabas con los guardacostas en aquel momento —explicó el atribulado sargento.

—¿No viste salir al profesor?

—¡No! Ese viejo nos ha engañado. No sé cómo pudo ocurrir, pero debió quitarme las llaves en un descuido, después de que yo abriera. ¡No logro entenderlo…! Pero lo cierto es que ninguno de los dos está aquí —se lamentó McDonald.

Slesar le palmeó la espalda amistosamente.

—No te preocupes. Quizá ésa fuera la solución. Es posible que nos hayamos quitado una preocupación de encima —dijo.

Entró en el cuarto de la radio e hizo varias llamadas. Después se encerró en su despacho, tras encargar un par de bocadillos y una cerveza a la cafetería cercana.

Tras el parco refrigerio, el cansancio le venció. Sin darse cuenta, Slesar apoyó la cabeza en la mesa y se durmió.

Despertó bruscamente, abrió los ojos y vio a Claire Harribad, que le zarandeaba con desusada violencia.

—¡Despierta, Frank, despierta! —retumbaron las voces en su cerebro.

—¿Qué… qué diablos ocurre ahora? —murmuró el policía torpemente.

—¡El profesor Rickerman ha desaparecido! He ido a su hotel, le he buscado por todas partes, pero no lo he encontrado.

—Ya lo sé —respondió Slesar, desganado—. Tu amigo nos engañó a todos. Aprovechó mi ausencia para propiciar la fuga de ese tal Cornelius. Ahora, la policía les está buscando a ambos. Aunque…

—¡Di!

—No sé, todo es muy confuso. He tenido una pesadilla, ¿sabes?

—¿Qué tiene que ver eso con Rickerman?

—Una tontería, ahora lo comprendo. Supongo que la tensión de las últimas horas, esa absurda historia que relató Rickerman… Supongo que he llegado a obsesionarme. No vale la pena recordarlo.

—¿Por qué no? Yo también tengo una premonición. Pero antes quiero saber qué soñaste.

—Es absurdo. Vi en sueños a Rickerman, que acompañaba a Cornelius hasta Blood Island. Había allí una gran multitud, reunida en la gran caverna subterránea. ¡Es extraño! Soñé que los evadidos de Farmoor se refugiaban en la isla. Eso no me parece tan absurdo.

—Frank, creo que estás en lo cierto. Algo me dice que el profesor Rickerman está allí. Ignoro si ha sido llevado por la fuerza o voluntariamente. Creo que deberíamos ir a echar un vistazo. No

quisiera que a Rickerman le ocurriera una desgracia.

—¡Estás loca! Son las ocho. Es decir, noche cerrada. Y el tiempo…

—El viento se ha calmado y el último parte meteorológico indica que la borrasca se aleja hacia Europa. Yo pienso ir. Ted Galloran dispone de una potente lancha en el embarcadero de Blue Barraks. He consultado con él y está dispuesto a cedérmela.

—Así que lo tenías todo dispuesto… Lo siento: no pienso embarcarme en una aventura tan descabellada aunque el tiempo haya mejorado. Mañana, de día…

Claire se dirigió impulsivamente a la puerta. Y allí se volvió y dijo:

—¡Yo no pienso esperar a mañana! —y cerró de un portazo.

Slesar tardó en reaccionar. Cuando comprendió que Claire iba a afrontar sola una aventura peligrosa, era tarde. Mascullando entre dientes, abandonó el despacho, cambió unas palabras con McDonald y salió a la calle.

Un momento después rodaba a toda velocidad hacia la costa. Debía forzar el motor de su coche al máximo, pues la fogosa miss Harribad poseía un coche deportivo muy potente que normalmente conducía a toda velocidad.

Ni siquiera supo cómo lo consiguió, pero cuando descendía hacia Blue Barraks vio el automóvil de Claire detenido en el embarcadero. Aceleró a fondo, frenó en el muelle y corrió con todas sus fuerzas al distinguir la silueta de miss Harribad a bordo de una lancha que tenía casi las dimensiones de un yate.

—¡Espera, aguárdame! —gritó a pleno pulmón. Y saltó a la lancha en el momento en que la embarcación se separaba del embarcadero.

Se sentía tan cegado por la ira, que aferró a la mujer por los hombros y la zarandeó con violencia. Pero ella reía y reía, mientras la lancha iba ganando velocidad y se alejaba de Blue Barraks hendiendo las aguas calmadas como una flecha.

—¡Estás loca, loca de remate! ¡Te merecías…!

Ella le miró, desafiante, los frescos labios brillantes a la luz de los testigos de la consola de mando. Y de repente, sin poder contenerse, la abrazó por el talle y la besó salvajemente. Claire se plegó a su caricia, abandonando el volante. Y gritó, reaccionando:

—¡Cuidado! ¡La lancha navega sin gobierno!

La soltó, asustado, y Claire volvió a los mandos. El mar estaba en calma, pero la navegación era peligrosa a causa de la bruma que flotaba a ras de las pequeñas olas.

Slesar fue a decir algo, a protestar, pero Claire se volvió, chistó y le puso una mano sobre los labios.

—¡Silencio! Algo extraño está sucediendo en Blood Island. —advirtió.

Debían estar muy cerca de los acantilados de la isla, pues hasta los oídos de ambos llegó claramente el fragor del mar golpeando los rompientes. Súbitamente, advirtieron una luminosidad cegadora en las alturas. Una luz tan fuerte que penetraba las densas brumas e iluminaba fantásticamente la superficie rizada del mar. En aquel momento, la proa de la ancha rozó un banco de arena. Claire cortó el gas inmediatamente y la lancha se detuvo quedamente en la orilla.

Saltaron a tierra y aseguraron la embarcación con un cabo. Slesar alzó la mirada y contempló fascinado, el torrente de luz irisada que taladraba la bruma.

—¿Qué es eso? ¡Parece un fenómeno boreal! —exclamó en un susurro.

Durante unos minutos contemplaron extasiados el raro fenómeno. De las alturas no llegaba el menor rumor: sólo se oía el golpeteo de las olas en los costados de la lancha.

—¡Vamos! —decidió Claire. Y tomó de la mano a Slesar y le obligó a escalar la abrupta pendiente. La luz era tan fuerte que las irregularidades del terreno eran claramente visibles como a plena luz del día. Sólo que de arriba surgían tonalidades cambiantes, evanescentes, que recorrían la roca húmeda a oleadas.

El resplandor aumentó ostensiblemente hasta que la superficie de Blood Island resplandeció como un ascua. Claire tropezó y arrastró a Frank en su caída.

El policía, aterrado, se incorporó y empuñó su pistola, mientras las brumas se alejaban y un enorme cuerpo luminoso descendía sobre la explanada próxima al promontorio.

—Guarda la pistola, Frank —dijo Claire—. De nada te servirá aquí.

Aplastados contra las frías rocas, asistieron al prodigio. El viento zumbó fuerte alborotando los cabellos de Claire, que aplastaba su rostro protegido en las manos para evitar ser cegada por la brillantísima luz multicolor.

—¡La Gran Nave Iridiscente! —susurró Frank, tembloroso e incrédulo.

Claire entornó los ojos y miró. Vio la larguísima forma plateada, posada sobre la lisa superficie rocosa, rodeada de un halo irisado. Y vio

también las siluetas humanas que brotaban del espolón sur y se dirigían, formando una hilera, hacia la esplendente nave.

—¡Son… los romanos, Frank! ¡Mira sus viejas vestiduras, sus corazas…! Son muchos. Más de cien. Pero esos otros que caminan cautelosos, ¿quiénes son? —susurró Claire.

—Son los presos evadidos de Framoor. —Frank se sorprendió al oír su propia voz. Súbitamente se irguió—. ¡Pero aquél… aquél…! ¿No es el profesor Rickerman?

—Es muy difícil precisar. Avanzan a contraluz y sus siluetas se confunden… ¡Frank, están penetrando en la nave! ¿Estás seguro de que no soñamos?

—No lo sé. Todo esto es irreal… Y sin embargo está ocurriendo ante nuestros propios ojos.

—¡Calla! Mira, aquél… ¡aquél es Cornelius! Una mujer bellísima le lleva de la mano. Ese hombre… ¡parece tan feliz, por fin! —exclamó Claire.

Miss Harribad apretaba con tanta fuerza la mano izquierda del inspector, que éste sentía un dolor insoportable. A pesar de lo cual, no hizo nada por soltarse, porque lo que estaban viendo sus ojos le absorbía por completo.

La larga hilera de siluetas se fundía con el resplandor irisado de la nave en la que —al parecer— iban penetrando todos.

El prodigio iba a terminar bruscamente. De pronto, Claire y Frank advirtieron que no se veía a una sola criatura junto a la nave. Se produjo una vibración perceptible y un halo de luz multicolor envolvió con violencia la atractiva estructura plateada. Cegados, los dos observadores se vieron obligados a cerrar sus ojos y a protegerlos con ambas manos.

Cuando al cabo de unos minutos volvieron a abrirlos, las más densas tinieblas les envolvían. Tan intensa era la oscuridad que Slesar se creyó ciego. Pero al cabo vio brillar una luz amarillenta sobre las rocas: el halo de la linterna que empuñaba Claire.

—Todo terminó —suspiró la joven—. Volvamos.

Caminaron con precaución cuesta abajo, hallaron la lancha y subieron a bordo. Hacia las diez de la noche desembarcaban en Blue Barraks. Claire optó por dejar su automóvil en el muelle y subió al de Frank Slesar. El policía arrancó y se dirigió a Parrington. Durante el camino ninguno de los dos hizo ningún comentario, pues sobre ambos pesaba aún la profunda impresión de los acontecimientos vividos en

Blood Island.

Frank conducía lentamente cuando entraron en las calles de Parrington.

—¿Te llevo a tu casa? —propuso a su acompañante.

—No. Esta noche, no. No podría soportar las quejas de mi padre, ni sus tediosas charlas sobre sus aventuras coloniales. Llévame al hotel *Empire*. Alquilé la *suite* para el profesor Rickerman por una semana y no pienso desaprovechar el dinero que pagué. Aunque sólo sea una noche —pronunció Claire con voz sugerente.

—¿Quieres decir que yo…? —susurró Frank, muy nervioso.

—Quiero decir que necesito tu compañía esta noche. Si quieres compartir el resto de mis noches… Bien, eso es cosa tuya —dijo ella.

Dejaron el coche en el aparcamiento del hotel. Luego, estrechamente abrazados, cruzaron el vestíbulo y se dirigieron a la planta de ascensores. Ya en la *suite*, Claire se despojó de su impermeable y se volvió hacia el policía, que la contempló con ansiedad.

—Aún no puedo creerlo —dijo él, con una expresión indefinible—. Pero no hemos soñado. Los romanos eran una realidad, los fugitivos de Farmoor huyen para no volver, el profesor Rickerman, obsesionado, se une a esos extraños seres. Todo esto…

Se dio cuenta, de pronto, de que estaba hablando solo. Impulsivamente cruzó la puerta de la lujosa alcoba y vio a Claire sentada en el borde del lecho, teléfono en mano.

—¿Profesor Rickerman? —preguntaba ella.

Y una voz masculina respondía instantáneamente:

—En efecto, soy Charles Rickerman. ¡Ah, la encantadora miss Harribad! ¿Qué tal está el coronel? Lo siento de veras, Claire. ¿Cómo…? ¡No, no, es imposible! He llegado a mediodía de Harvard, donde permanecí durante una semana dirigiendo un seminario sobre lenguas antiguas. ¿Qué? ¡Ah, claro, supongo que fue un error! Puedo jurarle que… Bien, bien, señorita Harribad, ya sabe que estoy a su disposición. Saludos al coronel. Buenas noches.

Claire colgó el auricular con una curiosa expresión de perplejidad en sus atractivas facciones. También Slesar parecía demostrar gran confusión.

—Has estado oyendo, ¿verdad? —dijo ella, al cabo—. El profesor Rickerman ha permanecido durante ocho días en Norteamérica. En ese caso… ¿quién era el individuo que sirvió de intérprete en el interrogatorio de Cornelius Poredis?

Slesar parpadeó con gran nerviosismo. Y luego dijo:

—¿No lo comprendes? ¡Era uno de ellos! Era… el Guía, el que sucedió a Warkán. Se hizo pasar por Rickerman para liberar a Cornelius —se agitó violentamente y se llevó ambas manos al rostro—. ¡Dios mío, cómo podré explicar mañana todo esto! Si envío un informe completo al Yard, se reirán de mí. ¡Sí, se reirán! Ellos jamás creerán esta inconcebible historia. Y yo… Bueno, si digo la verdad me destituirán.

Claire se aproximó a él y le miró fijamente mientras sus manos desabrochaban los botones de la chaqueta y acariciaban suavemente el pecho del hombre.

—No es necesario que digas la verdad. Dirás que el detenido se fugó y desapareció. Las autoridades de Marina dirán que la embarcación en que huían los presos zozobró y que todos se hundieron en el fondo del mar. Supongo que todos estarán deseando liquidar un asunto tan molesto. ¡Despreocúpate!

—¡No sé, no sé! —murmuró el policía. Y paseó muy inquieto hasta el fondo del cercano living.

De repente, se detuvo al contemplar aquella bellísima aparición. Una preciosa mujer envuelta en gasas azules venía a su encuentro.

—¡Karima, La Enviada! —exclamó sin poder contenerse.

Pero cuando tuvo entre sus brazos a la hermosísima mujer comprendió que se trataba de Claire Harribad envuelta en azules gasas.

Hundió sus dedos en los sedosos cabellos rubios, aspiró la fragancia que emanaba de la piel tibia y rozó golosamente sus labios con los de la mujer.

Ella le atrajo irresistiblemente hacia el lecho y murmuró a su oído:

—Cálmate, mi Guía. Yo borraré de ti todas las preocupaciones.

Y así fue.

FIN

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO

ISBN 84-02-02525-0



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España